



Cosecha

Una colección de historias

Traducido por Antonio Galán Sánchez

Cosecha
Una colección
de historias

Cosecha Una colección de historias —————

Traducido por Antonio Galán Sánchez

Revisado por Angelina Gutiérrez Almenara

Procedimiento administrativo: Shaikha Alkuwari

Todos los derechos de traducción y revisión reservados ©
Ministerio de Cultura y Deporte de Catar. Departamento de
Publicaciones y Traducción. Sección de Traducción.

Qatar National Printing Press

Dirección artística: Haitham Ahmed Abdoun

Signatura en la Biblioteca Nacional de Catar

2020 / 642

ISBN 978 / 9927 / 13 / 52 / 79

Prólogo

El Ministerio de Cultura del Estado de Catar se complace en presentar una serie de obras traducidas al árabe de diferentes idiomas, así como en ofrecer una muestra de la producción cultural y literaria catarí a través de su traducción a otras lenguas que se hablan en la actualidad. Se pone así de manifiesto la conciencia del ministerio de que la traducción representa una actividad científica fundamental para que la nación siga avanzando y abriéndose camino hacia otras culturas, tanto antiguas como modernas.

Si desde el nacimiento de las naciones y la creación de los Estados la traducción ha sido una actividad importante por la que se han interesado académicos, escritores e intelectuales, en la actualidad se ha vuelto cada vez más importante y el papel que desempeña, más serio y delicado.

La literatura catarí, en especial la narración de historias, es considerada una de las facetas más brillantes de la cultura de este país. A pesar de la reciente aparición de este género literario en Catar, los escritores cataríes gozan de una presencia notable en el Golfo y en la arena árabe. En consecuencia, el Ministerio de Cultura y Deporte ha traducido, hasta ahora, dos colecciones de cuentos, seleccionados a partir de recopilaciones de relatos diversos de escritores y escritoras cataríes, publicados en diferentes períodos de tiempo. La primera selección se titula *Qitaf* (Cultivos) y la segunda, la que tiene ahora mismo en sus manos, *Cosecha*. Todos los relatos aparecen recopilados en un libro conjunto. Su variada selección obedece al deseo de dar una idea del desarrollo del arte de narrar historias en el círculo literario catarí y de ofrecer al lector extranjero una parte de la identidad social y cultural de Catar.

Primera edición: 2020

Índice

Título de la historia	Autor	Página
Tiempos duros	Ibrahim al-Muraykhi -D.E.P.	5
La habitación 405	Dr. Ahmad Abdelmalik	9
El enigma de la muerte	Iman Rashid Faris	14
Ratones y piedras	Jamal Fayiz	23
Ru'a	Dra. Hissa al-Awadi	28
El agujero	Dalal Khalifa	41
El profesor	Siham al-Jasim	47
Como un ave siberiana	Sehla Al Saad	54
Una rosa con cinco pétalos	Shamma al-Kuwari	58
¿Dónde están?	Shaikha al-Hajri	79
No nos encontré	Metha al-Jaber	86
Bonita noche	Dra. Noura Faraj	91

Tiempos duros

Ibrahim al-Muraykhi

Tiene el cuerpo paralizado y el alma vencida. Así se encuentra hoy la ciudad de Beirut.

Sabíamos que no había muerto, que no había alcanzado el punto de no retorno. Se encontró con la esquina de la nada y se transformó en una ciudad de espectros.

Su respiración es pausada y su aliento está bañado en sangre, pero hasta el momento no se ha convertido en una ciudad en ruinas. Aún no ha muerto la esperanza, todavía no ha huido la luz.

Se detuvo ante la puerta de su casa, perdido. Se apoyó en la puerta y se acarició la garganta. Acababa de descubrir, de repente, que no entendía qué estaba haciendo. ¿Qué hizo ayer? Angustiado, comenzó a rebuscar en los bolsillos con un movimiento tambaleante. Sintió cómo el vacío se infiltraba hasta sus bolsillos.

Eran cosas sin ningún valor, pero hoy deseaba encontrarlas en su sitio. Recordó haberlas tirado. No solo eso: las había lanzado mezquinamente a la papelera. No, al cubo de la basura abandonado en el rincón de la callejuela que lleva a la calle principal. Salió de la casa, directo a donde estaba el cubo. Una hedionda bofetada lo obligó a taparse la nariz y comenzó a acercarse con más lentitud, extendiendo la mano en busca de algún resto de lo que tiró ayer o antes de ayer. No había previsto que la situación se pudiera volver tan crítica. Pensaba, como muchos otros, que la cosa sería como una nube pasajera. Qué

estúpidos somos, incapaces de formarnos una visión correcta.

Una nube que parecía triste cubrió su rostro. Después se convirtió en una sombra mortal, repugnante, violenta. El tiempo pasaba sin importancia, sin valor, sin finalidad. En su mente solo había un objetivo: encontrar lo que había tirado ayer o antes de ayer.

Se lo reprochó. Se mordió los dedos hasta hacerse daño. Pensó en los demás para aligerar un poco el peso de sus hombros, pues lo cierto es que era una costumbre en nuestro país tirar muchas cosas, desperdiciar el regalo que Dios hizo al ser humano. Un demonio en sus adentros bailaba de felicidad. Un olor fétido se extendió por su nariz. Era un olor a mujer repudiada. Todo le plantaba cara, lo azotaba, lo abofeteaba.

Llegó al borde del cubo y lo agitó. Era ligero. Extendió la mano mientras una sensación extraña descendía desde su arrogancia, lo aprisionaba en una esquina del tiempo y lo desnudaba frente a su conciencia. Golpeó con los dedos unos huesos secos y sintió un fino hilo de dolor que entraba por su mano, llegaba a su cabeza y se movía lentamente hasta penetrar en las profundidades de su cuerpo.

Estaba todo machacado. Movié la lengua dentro de la boca y tragó la poca saliva que le quedaba. La sequedad le hacía daño en la garganta. Sintió cómo algo le lastimaba la laringe. No prestaba atención al cansancio ni intentaba convencerse de que buscaba, en vano, algo que llevaba abandonado más de dos días.

Recordó que, al acercarse al cubo, había visto a un gato

escabullirse y esconderse aterrorizado. Pese a esa convicción, no cesó en su búsqueda, en su excavación, mientras sentía la necesidad de un poco de aire puro. Retiró la mano lentamente y se incorporó despacio. La columna vertebral también le dolía.

Lanzó una mirada rápida a la calle que se extendía frente a él: no había un solo viandante. La calle se convirtió en un hilo que se desplegaba desde sus ojos y se curvaba para abrazar las puertas de los comercios cerrados y destruidos. Vio, no supo si en la realidad o en su imaginación, a una persona armada hasta los dientes corriendo de un lado a otro para esconderse tras un muro medio destruido y medio cubierto de agujeros dispersos a lo largo y ancho de su extensión. Estaba cansado de observar ese tipo de cosas que en realidad llenaban una ciudad que fue bonita. No, seguía siendo bonita pese a la destrucción y a las ruinas.

Una lágrima cálida llegó a sus ojos y quiso llorar. Sin embargo, en ocasiones como esta, las lágrimas se le secaban. Emitió un profundo suspiro, un suspiro desde lo más hondo de su alma, de su cuerpo. Suspiró al recordar el establecimiento de Abu Jalil, donde se solía encontrar con ella, a la que tanto amaba. Recordó cuando la derribó una maldita bala mientras ella corría hacia él y la lágrima cayó. Quiso enjugársela, pero recordó que tenía las manos sucias, así que la lágrima descendió como una fina sombra hasta tocar la comisura de su boca, donde la recogió con la lengua. Al menos pudo humedecerse un poco la lengua.

Esta vez se empeñó en meter la mano hasta el fondo del cubo, pasara lo que pasara. Aunque le sangraran los dedos, aunque

le corriera la sangre por ellos, lo único que le importaba era conseguir aquello que tuvo, despreció y tiró. Para quién quedaron los tiempos duros. Para quién los días que pisotearon su arrogancia. Para quién la hora en la que no huyó de esta ciudad que tomaron con premeditación, devastaron con iniquidad y sembraron de ruinas.

En esta ocasión el dolor penetró con fuerza en la columna vertebral. Ya no podía confiar en su juventud. Recordó que rozaba los treinta años. Cada momento de cada día de todos esos años los había pasado aquí, en brazos de esta ciudad a la que amó con pasión, soñando con ella y junto a ella. Por eso decidió marcharse, aunque acabara él también subyugado.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su cara. Se abrió paso hasta sus ojos enrojecidos y se dibujó bajo las gotas de sudor que le colgaban de la frente. Sacó la mano del cubo sujetando con fuerza un trozo de pan húmedo. Lo alzó y limpió el moho que lo cubría. Lo acercó lentamente a sus labios pesarosos y lo besó. Se le llenó la boca de saliva, el corazón de alegría y la mente de ideas. Dio la espalda al cubo y se dirigió a la casa. El sonido de los disparos zumbaba a lo lejos. Podía distinguirlos con claridad. Se acostumbró a ellos después de que sustituyeran al sonido de las campanas de las iglesias y a los almuédanos de las mezquitas. Todos estos sonidos sacudían y desangraban sus sueños y mataban sus esperanzas.

La habitación 405

Ahmad Abdelmalik

Durante el verano, Hyde Park se engalana con prendas árabes. Las muchachas del Golfo eligen con gran esmero los vestidos más bonitos y a la moda, del mismo modo que los muchachos del Golfo dedican gran atención a seleccionar las ropas más caras y refinadas. En estos días estivales, los habitantes locales escapan de Hyde Park y sus zonas verdes, lugar de encuentro para los residentes árabes, se transforman en campos de fútbol, guarderías para los niños y niditos donde intercambiar mensajes de amor.

Algunos corazones son puros, limpios como una hoja en blanco. Otros palpitan ante un encuentro próximo o una separación prolongada. Las bocas que no están atiborrándose de bocadillos, pastas saladas y bebidas con gas se agotan con largas conversaciones que van desde los platos del almuerzo hasta la situación en Zimbabue o el precio de las divisas.

Elonud solo salía ocasionalmente. Esta vez decidió llevar a sus hermanas a Hyde Park. Escogió un lugar tranquilo y se sentó a contemplar los rostros de la gente que iba y venía. Era capaz de conversar en silencio con los paseantes desde la distancia, pero su deseo era plantarse frente a la multitud y gritar lo que le quemaba por dentro.

La superficie de su piel mostraba marcas de violencia, restos de heridas de maltrato sobre un extraño lienzo surrealista. Elonud tenía la piel morena como el café a medio tostar y el cabello negro azabache. Sus labios eran difíciles de describir y

de imaginar. Era esbelta, había heredado la altura de su padre y los ojos redondos de su madre. Tenía la nariz de su abuelo y el color de pelo de su tía materna. El resultado era una elegante mezcla creada con éxito por la mano del Creador.

Elonud vivía cada noche un cuento como el de Shahrazad y el rey, expuesta a situaciones que a muchos les parecerían historias fabulosas sacadas de algún libro.

No tomó parte en la elección de su marido ni en su traslado del honroso hogar del padre a la degradante casa del hombre. No tuvo papel alguno en la transformación de una joven en su primer año de universidad a una máquina de fabricar hijos de primer nivel, como tampoco lo tuvo en la metamorfosis en una bestia que cada noche transportaba a su esposo al lugar donde saciar sus instintos. Cada noche, una vez se cansaba de la amabilidad de sus amigos en un piso privado, donde devoraba los manjares que había preparado, su marido regresaba borracho a casa rugiendo su nombre.

A las tres de la mañana, Elonud borraba todo rastro de somnolencia y se paraba junto a la puerta, sin un gesto de suficiencia o una mirada que denotara cansancio. Conocía sus formas y sus métodos si no conseguía de ella lo que deseaba.

Durante media hora, él se sentaba a la mesa a devorar las partes más dulces de ella, a destruir lo más bello que ella tenía y a clavar sus uñas en la fruta más jugosa. Torturaba los poemas forcejeando con jadeos y con una respiración contaminada por el alcohol y perdía el control sobre sí mismo al alcanzar el clímax. Después, se echaba a un lado y se desentendía de esa

estatua de ébano herida y agotada hasta la mañana siguiente.

Esta era la historia de Elonud con ese marido que venía detrás de las costumbres y de las tradiciones. Ella, indefensa, solo pudo montarse a lomos de la obediencia debida al padre y acatar. Ese era su plan de vida desde hacía cuatro años, al final de cada uno de los cuales llegaba un hijo que no sabía cómo iba a mantener y que no iba a conocer del padre más que el nombre que figura en la partida de nacimiento.

Ella tenía la esperanza de que, con el aumento del número de hijos, él acabaría regresando al hogar o albergando en su interior algo de compasión o de diálogo conyugal que le hiciera interesarse por esa débil mujer. Quizás valorara ese precioso tesoro y no jugara con ella como hacen los niños ni la hiciera girar como una bailarina zulú. Albergaba la esperanza de que, con el paso de los años, ese esposo llegara a apoyarse en ella, conversara con ella, la tratara con cariño, le regalara un «te quiero» o la llevara a dar un corto paseo. En cambio, los días pasaban y no se hacía realidad ninguno de sus interminables sueños, sino que la situación iba a peor, con un marido cada vez más fanfarrón, más disoluto y más demagogo.

La visión de una niñita de dos años que perseguía una pelota que rodaba en su dirección la sacó de repente de sus ensoñaciones. La pelota se detuvo a los pies de Elonud y la niña se paró impotente. Elonud sonrió y la llamó para que se acercara a cogerla. Finalmente, fue hasta ella para devolverle la pelota, no sin antes darle un beso. Detrás de la niña, un hombre maduro de unos cuarenta años se aproximaba. Le dirigió una sonrisa a

Elonud, cogió a la niña en brazos y se perdió entre la multitud. Una pregunta obstinada se instaló en las profundidades de su mente desde el momento en que vio esa sonrisa fugaz.

Esa escena arrojó sobre ella una nueva lanza que se hundió tenaz en su pecho. Intentó imaginar dónde estaría su marido en ese momento, mientras sus cuatro hijos estaban con las niñeras en algún lugar de Hyde Park. Aquel hombre de cuarenta y pocos, en cambio, estaría sin duda volviendo al lado de su esposa, con quien pasaría una noche tranquila compartiendo charlas y risas antes de irse a dormir despreocupados y plenos de sosiego. Nada que ver con el banquete que le esperaba a ella en la madrugada, con toda su dureza, violencia, salvajismo, frenesí artificial y dolorosas secuelas.

El sol se inclinó hacia el horizonte somnoliento y las caravanas de veraneantes iniciaron su marcha hacia las salidas de Hyde Park. Elonud recogió los indicios de sus heridas y reunió a sus hijos y niñeras alrededor de su soberbio coche.

De repente, apareció el hombre maduro con su niña en brazos, sin más compañía. Dirigió media sonrisa hacia Elonud, que parecía más radiante con los rayos de sol sobre su rostro, y esta le correspondió con una mirada de despedida. Después, él se giró hacia la calle, encendiendo en la mente de Elonud una nueva pregunta que ya empezaba a desatar nuevos incendios. ¡Había podido conocer al hombre maduro!

En la habitación 405 de un conocido hotel londinense, el hombre maduro se tumbaba en la cama. En su mano sujetaba un libro que no había llegado a tierras árabes y a su lado su hija

dormía.

En una casa construida a las afueras de la capital británica, Elonud se desprende de sus tristezas y pone música. Al coger el ejemplar de ese día del periódico de su país, que podía conseguirse en Londres, se encontró de golpe con la imagen del hombre maduro. Se trataba de un periodista famoso en su país. Su esposa había fallecido y el periódico publicaba un cálido obituario.

Elonud contempló la imagen. Se miró las heridas de su cuerpo y las comparó con las heridas de ese hombre maduro cuyos escritos y artículos la tenían cautivada desde hacía tiempo.

La mañana siguiente llegó a la habitación 405 un bonito ramo de rosas y una nota de pésame.

El enigma de la muerte

Iman Rashid Faris

Era trece de agosto y hacía mucho calor. El sol ardía en mitad de un cielo despejado, poco después de las tres de la tarde. Me tumbé en el sillón con el ventilador frente a mí y cerré los ojos, con intención de echarme una pequeña siesta que consiguiera rebajar la opresión de aquella tarde abrasadora. Empecé a sentir cómo el sueño me cubría suavemente cuando me despertó el timbre del teléfono. Arrastré los pies, medio dormida, para responder la llamada y al otro lado encontré la voz de Nawal, mi amiga del alma.

En cuanto contesté, comenzó a hablar, con su alegría y encanto habituales. Ella hablaba y hablaba y yo contestaba mientras intentaba que no me venciera el sueño. Charlaba sobre asuntos muy diferentes: sobre la escuela, sobre nuestras amigas en común, sobre el regreso de Aisha de su viaje o del último libro que había leído. Habló de más temas que se me escaparon porque estaba medio despierta medio dormida. En medio de su discurso dio un grito repentino: ¿qué te parece si vamos hoy al parque de atracciones y nos montamos en el Enigma de la Muerte?

Me despejé de golpe y acepté sin dudar. Era una atracción que me despertaba muchísima curiosidad y llevaba tiempo con ganas de entrar, pero nunca se me había presentado la ocasión. Además, ir con Nawal lo hacía aún más emocionante, pues era de las amigas con las que mejor me lo pasaba. Siempre alegre, divertida, valiente, abierta a la aventura. Podría afirmar casi con

total seguridad que no le temía a nada en esta vida. Acordamos encontrarnos allí pasada una hora.

Otras tres amigas, Mariam, Hanán y Nahed, se unieron a nosotras y nos encontramos exactamente a las cuatro y media frente a la entrada del Enigma de la Muerte. Éramos cinco chicas como cinco flores de primavera, preparadas para lanzarnos a una aventura temeraria y sin igual. El juego tenía como condición dejar fuera los teléfonos móviles y terminarlo hasta el final. Una vez comenzado, no se podía volver atrás bajo ningún concepto.

La regla principal era que debíamos acertar las respuestas a todos los enigmas para poder salir de la sala. En caso contrario, la muerte sobrevendría sobre las jugadoras. Entramos las cinco aventureras en la sala y escuché a mi espalda el chirrido de la puerta cerrándose.

La sala tenía forma triangular y en cada una de sus tres paredes había símbolos y figuras de diferentes culturas antiguas. Había imágenes de todo tipo: jeroglíficos egipcios, escritura sumeria, ideogramas chinos, un dibujo de los jardines colgantes de Babilonia, otros de templos griegos... El espacio estaba casi en penumbras. Solo había algunas velas disipando las sombras y un olor que se parecía al de la muerte. El suelo estaba pegajoso, con restos de papeles y cuerdas quemadas y cortadas. Sentí cómo el miedo me recorría el cuerpo, pero se esfumó en cuanto escuché la voz de Nawal expresando su asombro por ese lugar.

Comenzamos con los primeros pasos de nuestra aventura. La idea básica del juego era responder a una serie de acertijos. Por cada uno que respondiéramos de manera

correcta nos proporcionarían otro enigma que resolver, hasta que completáramos siete. Si la respuesta era incorrecta, nos exponíamos a un castigo, pero ¿qué tipo de castigo? Eso no lo sabíamos.

A través de un tubo largo de vidrio junto a la pared nos llegó la primera pregunta. Era una pregunta extremadamente difícil, escrita en lengua china. Por suerte, Nahed sabía un poco de chino, ya que solía viajar allí con su padre. Nos leyó una parte del enigma, incomprensible para el resto. Intentamos distintas soluciones y suposiciones, hasta que dimos con una respuesta que nos convenció a todas.

Tras dar con la solución, debíamos dejar el papel con la respuesta en una caja grande de madera negra con la superficie grabada con signos en un idioma que no conocíamos. La caja estaba sobre una mesa redonda de cobre situada en el centro de la sala. Hanán se acercó con cierto desconcierto y depositó el papel en la caja. De repente, surgió un sonido parecido al graznido de una gaviota y se encendió una luz azul sobre la caja, que indicaba que la respuesta era correcta. Dimos saltos de alegría, llenas de entusiasmo y confiadas en que seríamos capaces de solucionar todos los enigmas.

Del tubo de vidrio bajó otra pregunta. Esta vez se trataba de un enigma bordado sobre un trozo de seda. La pregunta contenía el símbolo de una llave y una serie de números romanos junto a unas letras difíciles de leer. Nos miramos las unas a las otras, quejándonos entre susurros de lo confuso y oscuro que era este enigma. Pasamos más de hora y media intentando asimilar la

pregunta, incapaces de dar con una respuesta.

Decidimos probar suerte, por ver qué pasaría. Esta vez fue Nahed quien se acercó a dejar la tela en la caja de madera. No sé si me lo imaginé o fue real, pero me dio la impresión de que algo vibraba dentro de la caja. Nahed dejó la tela y cerró la caja. Se escuchó un grito muy agudo y molesto a la vez que se encendía una luz roja sobre la caja. La sala tembló con violencia y una de las velas se apagó. Nos abrazamos con fuerza las unas a las otras, Nahed y Mariam empezaron a llorar, Hanán intentó calmarlas y Nawal se esforzaba por entender qué estaba pasando. De repente, la sala se quedó en penumbra durante unos instantes y al rato volvió a la calma, tal y como estaba. Para nuestra sorpresa, Nahed había desaparecido. El pavor se propagó entre nosotras, lo que nos hizo llorar aún más mientras el olor a muerte se intensificaba.

Otro enigma bajó por el tubo de vidrio. En esta ocasión se trataba de una bola de cristal que ninguna se atrevió a tocar. Me producía un pavor inexplicable, como si el corazón me diera un vuelco. Hanán se acercó a coger la bola y me dijo que necesitábamos encontrar la solución para poder salir de esa sala. Nawal, por su parte, estaba buscando por las paredes algún compartimento por el que podía haber desaparecido Nahed. Mariam no paraba de llorar, al borde de un ataque de ansiedad.

Intenté ayudar a Hanán a resolver el tercer enigma. La bola de cristal tenía el tamaño de una pelota de fútbol y en su interior contenía un laberinto dentro del cual se movía una pequeña pelota amarilla del tamaño de un guisante. El objetivo era

conseguir extraer la pelota amarilla del interior de la bola de cristal haciéndola recorrer el laberinto de su interior. Al menos eso pensábamos.

La pelota amarilla se movía rápido y saltaba de un sitio a otro dentro de la bola de cristal. Además, el laberinto interior no se mantenía quieto, sino que se abría y cerraba de manera aleatoria. Cada vez que conseguíamos que la pelota se aproximara a la salida, el laberinto cambiaba de forma y se volvía más complicado. Pasamos unas tres horas intentándolo, hasta que el agotamiento y la sed nos vencieron. Mariam estaba tirada en una esquina, derrotada por el cansancio y el llanto, mientras que Nawal no cejaba en su empeño de encontrarnos una salida. Yo, en cambio, sentía haber perdido la capacidad de concentración.

De repente, Hanán perdió el control de sus nervios y lanzó la bola con todas sus fuerzas contra el suelo, llorando y gritando con agonía: «¿Quién me mandaría a mí meterme en esta funesta sala?». En cuanto la bola golpeó el suelo se hizo mil añicos, que se desperdigaron por toda la sala. Regresó el molesto sonido de antes y se apagó otra vela, pero esta vez no tembló la sala. Esta vez salió de una de las paredes un gas en dirección a Hanán, que desapareció al instante, como si nunca hubiera estado frente a nosotras.

El miedo y la inquietud que sentimos en ese momento fueron extremos. Permanecimos de pie en silencio, como si fuéramos estatuas de piedra. Mariam perdió el conocimiento y cayó al suelo y, por primera vez desde que la conozco, vi a Nawal sentir miedo. Me acerqué a ella mientras lloraba en silencio y le dije

en un susurro casi inaudible: «Nawal, quiero salir de aquí. ¿Qué hacemos?». Nawal se dirigió impaciente y colérica a la puerta de hierro y la golpeó intentando derribarla con las fuerzas que le quedaban y balbuciendo: «¡Queremos salir! ¡No queremos seguir jugando!».

En ese momento bajó del tubo de vidrio un nuevo papel con el cuarto enigma, en cuyo dorso podía leerse: «No hay vuelta atrás. Responded correctamente a las preguntas o moriréis todas». Nawal se derrumbó y la hoja se deslizó entre sus dedos. Cogí el papel y comprobé que el acertijo consistía en un problema matemático. Por suerte, Mariam era muy diestra en matemáticas, pero, por más que se esforzó en dar con la solución correcta, era tal su estado de nervios que fue incapaz de acertar. La abracé para intentar calmarla y le pedí que se relajara un poco, pues no podíamos fallar esta vez. Mariam respiró profundamente, cerró los ojos un instante y se puso con el problema con calma. Cuando terminó, colocó la respuesta en la caja de madera. Esperamos, con el único deseo de que la respuesta fuera correcta. Finalmente se encendió la luz azul y volvió a oírse el sonido de gaviota. Sentí que la felicidad y cierto sosiego me invadían. ¡Solo quedaban tres enigmas! Estábamos cada vez más cerca de salir.

El quinto acertijo era un libro de cien páginas que contenía símbolos y letras sueltas que formaban palabras incompletas. Nuestro cometido era completar esos símbolos y palabras ayudándonos del contexto de la historia y utilizando los signos que aparecían en las paredes de la sala. Nos sentamos juntas en

el suelo y colocamos el libro frente a nosotras. Mariam nos dijo que el libro era nada menos que un talismán mágico, por lo que debíamos tener mucho cuidado al leerlo o al escribir cualquier símbolo adicional, pues desconocíamos qué podía provocar. Al menos, eso creía Mariam.

Nawal insistió en ser la primera en escribir. Comenzamos pacientemente a buscar las respuestas por las paredes, pero Nawal estaba agitada y no esperó el consenso de todas. Mariam discutió con ella e intentó arrebatarle el libro de las manos, pero Nawal fue más rápida y consiguió colocar el libro dentro de la caja de madera sin antes haberse asegurado de la respuesta y haciendo caso omiso a nuestros gritos de que se detuviera y no se apresurara a mandar el libro.

En cuanto colocó el libro e intentó cerrar la caja, esta engulló a Nawal junto con el libro. Nos apresuramos hacia la caja para sacar a Nawal de ahí, pero era imposible de abrir. La temperatura de la sala subió rápidamente y el olor a muerte se intensificó hasta hacerse asfixiante. Además, con cada respuesta errónea la sala se iba haciendo más pequeña.

Quedábamos Mariam y yo, ambas vencidas por el cansancio, el hambre y la sed. Miré a hurtadillas la hora en mi reloj de pulsera y comprobé que llevábamos quince horas en aquella sala. El sexto enigma llegó siete horas más tarde. Durante la espera, Mariam se quedó dormida contra la pared. De repente vi salir del tubo de vidrio una botella de agua fría, que apenas bastaba para calmar un poco la sed de una persona. Sobre la botella podía leerse: «Para quien me encuentre».

El egoísmo se apoderó de mí por un instante. Quise acaparar toda el agua para mí, pero no fui capaz de bebérmela. Cuando vi a Mariam dormida, tan pálida y agotada, me intenté convencer de que no se enteraría, pero algo me detuvo. La desperté y le enseñé la botella. Ella me miró y me dijo: «¿Qué te parece si la compartimos?». Yo le contesté: «¿Y si hubiera truco?». Ella me dijo que no le importaba arriesgarse, pues había llegado ya al borde de la desesperación.

Decidí ser yo la primera en beber. Así, en caso de que hubiera algún veneno en el agua, Mariam podría salvarse. Ella intentó disuadirme, pero al final cedió. Bebí un pequeño sorbo de agua que me supo amargo y dulce a la vez y al instante sentí cómo me vencía el sueño y un zumbido como el de una abeja penetraba mis oídos. Cerré los ojos y noté cómo el frío me corría por las venas y el zumbido de abeja iba en aumento. Cuando los abrí me encontré tumbada en el sillón de mi casa, con el teléfono sonando junto a mí.

Miré en derredor sorprendida y me puse en pie. Estaba casi sin aliento, como el que termina de correr una carrera. Miré al reloj de pared y vi que eran las nueve de la mañana del lunes quince de agosto. Descolgué el teléfono y respondí. ¡Al otro lado estaba Nahed! Me contó entre llantos que había tenido un sueño muy inquietante sobre una sala mortífera y unos enigmas letales. Me quedé de piedra. El sobresalto me llevó a otro mundo y no pude seguir escuchando lo que me contaba Nahed. Sentí que el suelo bajo mis pies se tambaleaba y me tuve que apoyar en una silla para recuperar el aliento.

¿Lo que vimos Nahed y yo había sido solo un mal sueño? ¿O habíamos escapado de la sala del Enigma de la Muerte? ¿Puede que siguiéramos dentro de esa sala y no hubiéramos conseguido salir?

Ratones y piedras

Jamal Fayiz

Desde que el sol se puso y se instaló el manto negro, él permaneció en cuclillas a la puerta de su tienda de campaña mientras el frío se hacía cada vez más intenso. No entró, sino que se acurrucó más aún sin cambiar de posición. Miró hacia arriba: el cielo estaba salpicado de nubes oscuras. Miró a los niños, con sus ropas raídas, el pelo enmarañado, los cuerpos mugrientos. Unos estaban apoyados en la gran roca redondeada y otros junto al olivo, chocando piedras contra piedras más grandes. ¡Qué lástima! Él a su edad jugaba al balón o al juego de tira y afloja, mientras que a estos solo les gustaba tirar piedras.

Él iba acurrucándose cada vez más a medida que bajaba la temperatura. Las nubes eran desgarradas por el viento, un viento que sonaba al colarse por los agujeros de la tienda. Agujeros que cada día, en ocasiones cada varios días, se iban haciendo más numerosos, más numerosos como los ratones. Ratones que estaban por todas partes y no les dejaban comida ni descanso. Ah, la comida.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón raído, hecho jirones. Buscó dentro pero no encontró nada. Ah. Perteneció a su padre, que se había desplomado contra el suelo hacía poco más de un mes. Su padre era el último cinturón de seguridad que le quedaba y lo perdió. Se fue sin dejarle en herencia más que un consejo: paciencia. Siempre le pedía paciencia. Incluso cuando se desplomó contra el suelo de un fuerte ataque imprevisto, su padre tuvo paciencia y no se quejó. Un consejo grabado a fuego:

«No se puede humillar a un hombre que no se arrodilla, y no se arrodillará mientras crea en la paciencia. Ningún ser puede borrar la existencia de otro que se mantiene firme y paciente». Esas eran sus palabras cuando se rebelaba contra aquellos que le iban a arrebatar a la fuerza su hogar y sus campos. Seguía repitiéndolo: paciencia, paciencia, paciencia...

Hacía cada vez más frío. Se oía a los ratones moverse desde lejos. Las nubes se reagrupaban después de cada desgarró. El cielo y su manto se hacían cada vez más negros. Una señora lo miraba fijamente y se sentó a su lado.

—¿No vas a entrar a resguardarte de este viento helado?

—¿Qué puede pasar peor de lo que ya ha pasado?

—La enfermedad. El aire así de frío te puede hacer enfermar.

—No será como la epidemia del 48.

—¿Y si empieza a llover y te mojas?

—Llevo con el cuerpo mojado desde que nací.

—Entra —y añadió en un tono más suplicante—: Os necesitamos.

—Necesitáis paciencia.

—Sois el pilar sin el que esto se derrumbaría.

—Será doloroso, más que la hinchazón de mi brazo. —Ella miró sus brazos, envueltos en un trozo de tela, y él continuó, sonriente—. Es el impuesto que hay que pagar por la paciencia.

—Bendito seas, joven —dijo ella mientras ambos oían el sonido de un trueno.

—Me llamo Mohamed.

—¿Quién es tu padre?

— Abdallah, pero los ratones se comieron mi documento de identidad.

— Tu propia existencia es tu identidad — Miró hacia arriba—. Cada vez resuenan más los truenos. Va a llover.

— Que llueva — dijo él al levantarse.

Se alejó y caminó entre los escombros y la suciedad. Deseaba profundamente poder visitar la tumba de su padre, pero no sabía dónde estaba. A los ratones no les importa dónde dejan los cuerpos que roen. Llegó a la puerta del campamento y regresó, cabizbajo y en silencio.

Entró en su casa. «Dios maldiga esta epidemia. Lo han estropeado todo. No queda ni un papel que no haya sido mordisqueado ni una foto que no esté despedazada», se dijo mientras ordenaba su habitación. Escuchó sonidos fuera y salió alarmado. Irrumpió en las filas de su pueblo y vio a los ratones morder lo que quedaba mientras los niños empezaban a tirarles piedras. Los ratones se refugiaron en sus madrigueras.

Volvió a reinar la calma y los niños volvieron a su juego de las piedras. La familia se dispersó y él se sentó en su sitio. Se esforzó en mover sus brazos. «Malditos sean, tardan en recuperar la fuerza». Acercó la mano a una piedra pequeña que tenía a su lado. Intentó agarrarla. La levantó. Sintió dolor. Se mordió los labios. Se le saltaron las lágrimas de impotencia. La sangre se mezcló con su saliva y acabó manchando de rojo su camisa negra. Se secó las lágrimas con las rodillas. Era el deseo de su padre.

Vio a un niño y lo llamó. El niño se acercó y él se inclinó hacia

él. Le pidió que lo ayudara a mover los brazos. Sintió un dolor aún mayor. Gimió desde lo más profundo de su ser y el niño se alejó. Él lo llamó, pero el niño se alejaba hasta que se perdió su rastro entre un grupo de críos. Los niños cogieron una piedra del suelo. Se acercó una niña y él le suplicó que se acercara más y dejara de llorar. Extendió una mano hacia ella, que balbució:

— Mi... ma... dre...

— Mi... bra... zo...

— Ya no está.

— Mi bra... zo...

— Ni mi hermano, que estaba dentro de su tripa. A lo mejor... no llegue a ver el mundo.

— Tengo que ejercitarlas — dijo mirándose las manos.

— ¡Te estoy hablando de mi madre! — dijo mientras le agarraba los hombros—. ¿Es que no escuchas?

— A mí mi padre me habló de la paciencia— dijo él elevando la voz sobre la de ella.

— Y a mí mi madre también me hablaba de la paciencia — Se levantó de repente, furiosa—. Pero los ratones se hicieron más y más gordos... — Se fue alejando de él. Tras unos pasos, volvió a oírse su voz—. La paciencia no expulsa a los ratones. No los expulsa. ¡No los expulsa!

Enmudeció. Amparado por el silencio, enmudeció. Los minutos pasaron con lentitud. Vio a los niños sublevándose contra el manto negro. El manto negro que se tambaleaba, se derrumbaba. Los niños no dejaban de pasar a su lado y él no escuchaba de ellos más que el redoble de las pedradas. Las

pedras en sus manos, en sus camisas, en sus sangres. Eran como los primeros rayos del alba, creando una nueva vida. Y todavía hoy no han cesado de lanzar pedras a los ratones.

Ru'a¹

Hissa al-Awadi

Doha, 26/06/2004

Ella es mi niña, mi pequeña, cuya feliz llegada estuve esperando quince años. Mi única hija, mi predilecta, para quien tenía guardado todo mi cariño, pasión y ternura en los cajones de mi corazón.

Mi pequeña, de la que el destino un día no me permitió disfrutar. No pude contemplar su linda carita, ni sentir el delicado tacto de su suave piel, ni cantarles a esos melancólicos ojos negros, ni jugar con los abundantes mechones de su cabellera negra como la noche, ni besar sus mejillas, sonrosadas como una manzana fresca y madura, ni pellizcar sus labios, tiernos como una fresa jugosa. Mi hija, a la que no pude velar aquella noche, meciendo su camita, dándole un beso en la mejilla, deleitándome con sus inocentes y ruidosas canciones.

Ru'a... El ensueño que no cesa de aparecérseme tras los párpados cada vez que intento cerrarlos un instante. Espero cierto consuelo cuando se planta frente a mi cama blanca con su espesa barba blanca y su rostro, todo luz y esperanza.

—¿Vas a dar a luz a una niña? — me pregunta.

—No estoy embarazada —respondí.

—¿Cómo la llamarías si fuera niña? — me siguió preguntando.

Respondí al instante, pues ya sabía cómo iba a llamar a mi hija si tenía una:

—Arwa o Munira.

¹ Además de un nombre propio, «ru'a» en árabe significa «sueños, visiones». (N. del T.)

Me miró fijamente a los ojos, como si fuera a darme una orden o a comunicarme una decisión importante.

—Si tienes una hija —dijo—, no la llamarás Arwa ni Munira. Le pondrás el nombre que te voy a decir: Ru'a. Ni Arwa, ni Munira, ni ningún otro.

Ru'a... El nombre que no deja de taladrarme la cabeza, el ensueño que recuerdo como si acabara de suceder delante de mí. Un hombre aterrador e imponente con una orden exclusiva para mí, como diciendo: «No hay escapatoria. El nombre de tu hija solo puede ser Ru'a».

Todos me decían que eran disparates del sueño, que no había que creerse esas quimeras. Mi marido me dijo:

—No te pongas a pensar en niñas. Ya tienes dos hijos extraordinarios. Creo que son suficientes hasta el fin de los tiempos.

Dos niños pequeños, guapísimos..., y Ru'a su hermanita. ¿Qué hay de malo en ello? Desde pequeña llevo soñando con traer al mundo siete niñas. No es que sea una gran defensora de las niñas en general, pero fui la última de mis hermanas. Después de mí, solo nacieron varones, uno tras otro. Dios agració a mi padre con hijos varones después de mi nacimiento. Primero, se acumularon las niñas bajo su tutela. Yo fui la cuarta. La noche que nací mi padre dio infinitas gracias a Dios.

—¿Qué tienen de malo las niñas? —le dijo a un amigo suyo que vino a darle la noticia de mi nacimiento—. Son una bendición de Dios, la prosperidad, el bien.

Desde ese momento, a los ojos de mi padre, yo representaba

todo el bien y toda la prosperidad. Como yo era la más pequeña, no tuve a ninguna hermana de menor edad con la que jugar. Jugaba con los niños. Cuando entré en la universidad, estudié en una clase con alumnos varones e incluso, cuando me gradué y conseguí un empleo como funcionaria, mis compañeros de trabajo eran todos hombres. ¿No tengo derecho a soñar con un mundo especial para mí que sea completamente femenino? Un mundo que construiría junto a mi compañero de vida, mi marido, con quien tendría siete hijas. Cada una de ellas tendría un nombre sofisticado y cautivador, extraído de los poemas de los grandes poetas y de las más dulces y bellas cualidades que cantan los enamorados. De hecho, ya había escogido siete nombres para cada una de mis hijas, que quedaron grabados en un rincón secreto de mi inabarcable imaginación. Si volviera hoy a ese rincón, vería cómo intentan evitarme, amables por vergüenza, cansados de tan larga espera escondidos en el baúl de los recuerdos.

Ru'a... El eco que resuena en mi corazón mientras repito su nombre, rogando a Dios con cada latido de mi pecho turbado y apasionado que me la traiga. La quiero, en todas las acepciones de ese verbo. Si «desear» tuviera un eco más real, la estaría deseando con cada inspiración y espiración de mis pulmones. Si decir, por ejemplo, «la anhelo» fuera más mágico, estaría pronunciando esas dos palabras al compás de mi corazón y, si diciendo, por ejemplo, «la exijo» consiguiera hacer real mi empeño, tendría esa expresión prendida en mis labios para toda la eternidad.

Sí, la quiero, la deseo, la anhelo y la exijo.

Ru'a... Ya había escogido para mi pequeña las ropitas más lindas y elegantes de las mejores tiendas de la ciudad. Las tiendas muestran una creatividad extraordinaria a la hora de diseñar ropa para niñas. Con la ropa de niño no se esmeran tanto y los diseños acaban pareciéndose entre ellos. En cambio, la ropa de niña... ¡Qué maravilla, la ropa de niña! ¡Qué encanto tiene! Tanto como ellas. Esa ropa me señalaba con el dedo, me apremiaba para que la comprara y vistiera con ella el cuerpo de una pequeña encantadora, pero para cuando esa niña vino a mí mi casa solo recibía a hombres, con su violencia y su agitación incansable, con ese ajeteo físico que me saca de mi condición humana y me convierte en un ser incapaz de reflexionar cuando los tengo delante, especialmente durante sus constantes peleas y rabieta por las cosas más insignificantes, simples y nimias.

Ru'a... Una belleza deslumbrante que secuestra las miradas. ¿Podré verla pronto?

La doctora me anuncia un nuevo embarazo. Casi puedo volar de felicidad. No tengo los pies sobre el eje de la tierra alrededor del cual giramos, sino que planean por encima de las nubes. Reacciono con incredulidad a la noticia, como si fuera primeriza, como si hubiera sido privada del don de la maternidad como algunas desdichadas de mi entorno, como si no conociera ya el embarazo y el parto, como si fuera yo la que estuviera saliendo de nuevo del útero materno. Una niña con las manos colmadas de buenos presagios y de felicidad para todos los habitantes de este mundo. Salgo de la consulta repartiendo

sonrisas relucientes a todos los viandantes con los que me cruzo. No sé si llegué a mi casa volando, a pie, en un bólido de carreras o sobre un cohete atronador. Solo sé que llegué. Les comunico la noticia a mis pequeños y a mi marido, con todo el júbilo del que es capaz un ser humano:

—¡Ya llega Ru'a! ¡Está en camino!

No presté atención a las palabras de mi marido ni a las dilatadas advertencias que vertió sobre mi oído acerca del arte de la crianza y del cuidado de los niños; el tiempo, dedicación y dificultades adicionales que exige tener más de un hijo; los gastos... Parecía estarme pidiendo que me conformara con mis dos pequeños y que eliminara del diccionario de mi vida futura la entrada dedicada a mi tercer retoño. Me hablaba de los enormes esfuerzos que exige la crianza de una niña en esta sociedad, las responsabilidades que se derivan de ello y más comentarios por el estilo. Yo, en cambio, solo la escuchaba a ella. Su voz era el único sonido que llegaba a mis oídos, su nombre la única palabra que repetía mi lengua y su cara la única figura que se formaba en lo más profundo de mi ser. Será mi propia imagen mejorada. Lo sé porque la escogí a ella entre todas las hijas de Adán y Eva. Elegí sus rasgos y su personalidad de las historias y fábulas más hermosas y dibujé su cara con un pincel en las paredes de mi corazón.

Ru'a... La fábula que ningún ser humano pudo aún leer, pues aún no pudo publicarse y distribuirse, ni siquiera imprimirse. Especialmente en el seno de esta tierra de Adán en la que Caín pone a la brasa el hígado de su hermano para alimentar con él a

su amada en la noche de bodas. En estos tiempos en los que la carne humana se ofrece a los precios más bajos a ojos de todo el mundo, sin miedo a los comités de vigilancia alimentaria y sanitaria de la Organización Mundial de la Salud, sin temor a contraer los virus que provocan las peores enfermedades y epidemias del siglo ni a las comisiones de inspección que buscan eliminar todas las armas de destrucción masiva del globo terráqueo.

Ru'a... El amor con que me honró la providencia para engalanar con ella mis ojos, para remendar mi corazón con su risa, para moldear un mundo nuevo y un nuevo día con sus manos. En este momento está en mis entrañas formándose a partir de una pequeña semilla que necesita otros ocho meses para alcanzar la madurez, para que llegue la época de su cosecha, para poder mostrarla al mundo.

No dormí. Desde aquel momento en el que la doctora me anunció el embarazo no pude dormir. Cada noche intentaba sumergirme en el mundo de los sueños, pero sus puertas se me resistían, sus llaves se me escapaban de entre los párpados somnolientos y en sus pasillos la veía en cada momento. La sostenía entre mis brazos, la estrechaba contra mi pecho y la abrazaba entre lágrimas de alegría. La olfateaba para memorizar su olor particular. Porque los recién nacidos tienen un olor característico que eliminamos nosotros con nuestros polvos, aceites y cremas perfumadas. Todos los recién nacidos tienen un olor común que es como el olor de la sangre que corre por nuestros cuerpos y nos une a ellos.

Ru'a... El mercado está lleno de ropa para niñas. No entiendo por qué dudo si comprar o no.

—¿No es demasiado pronto aún para hacerlo? —me digo a mí misma.

Pero solo quedan siete meses. Se acerca la cita. Dentro de seis meses cambiará la estación y pasaremos de este invierno a un verano sofocante. La niña necesitará ropa fresca de algodón. Por ello aplazo la idea de comprar hasta los últimos meses de embarazo.

—Estarás muy gorda entonces —me dice mi hermana—. Te será muy complicado caminar por el mercado a tu aire.

Sí, lo sé, pero eso no me impedirá comprar lo que necesite mi pequeña, aunque cargara con todo un mundo en mis entrañas.

Pese a todo, acabé comprando en secreto las prendas que más me gustaban, las más bonitas y elegantes que encontré en el mercado, y las escondí en una maleta. No se lo contaría a nadie hasta que llegara el momento.

Ru'a... Esa bellísima sensación que aparece cada vez que la siento dentro de mi ser, cada vez que noto su existencia. Su rostro se va moldeando por momentos. Cada una de sus extremidades hasta la punta de sus deditos se va formando día a día.

En verdad, los dolores son intensos y las náuseas no me dejan descansar. El olor de la comida casi me mata. Pero nada de eso cobra ninguna importancia a su lado. Mi marido no se preocupa por las dificultades y fatigas que estoy pasando. Él lo único que quiere es que su comida esté preparada a su hora, su ropa limpia y ordenada en su sitio, sus dos hijos quietos y tranquilos todo el

tiempo y su té en el momento y lugar que acostumbra. Tirado frente a la pantalla del televisor, se interesa más por los sucesos que acontecen en el mundo que por los acontecimientos de su propio hogar. Se preocupa más de lo que pasa de puertas para afuera que de lo que me ocurre a mí y de lo que necesito en este estado. Así son los hombres... Son siempre sultanes en su casa. Si no lo fueran, el mundo estaría patas arriba.

¿Qué le costaría ayudarme a recoger los platos después de la comida? ¿O a lavarlos? ¿O a preparar la comida, o a lavar la ropa, o aunque solo fuera a cuidar un rato de los niños? No sé qué me obliga a soportar todo el sufrimiento del embarazo y del parto junto con el peso de toda esta carga de trabajo doméstico sobre mis espaldas. Mi marido se niega a meter en casa a una sirvienta extranjera, con la excusa de proteger a los niños. Sin embargo, no rechaza ningún programa ni película extranjera de los que emite la televisión, que no tienen nada que ver con nosotros, ni con nuestra casa, ni con nuestra familia. No son más que excusas.

En cualquier caso, lo que más me importa es evitar que ella crezca bajo unas circunstancias psicológicas negativas, ni siquiera siendo todavía un embrión. Quiero que se críe en un entorno social y mental tranquilo, lejos de cualquiera de las preocupaciones o inquietudes que nos rodean. Por eso preferí evitar roces con mi marido y esquivar cualquier discusión que pudiera enturbiar el estado de ánimo de la hija que espero. Por más disgustado que se mostrara mi marido conmigo, por más fuerte que rechazara la idea de un tercer hijo, yo hacía oídos

sordos a sus opiniones de descontento y a sus quejas. Todo lo hacía por ella, por sus ojos negros sin igual.

Los primeros meses pasaron con una enorme dificultad y se me hicieron eternos. Contaba cada minuto y cada segundo, calculaba los pequeños movimientos que ocurrían en mis adentros, los seguía uno a uno. En ocasiones me sobrevenía una extraña sensación de tristeza de origen desconocido, que se repetía siempre que el bebé anunciaba con patadas su presencia. Le cogí miedo a ese sentimiento súbito que me separaba de los tranquilos brazos de mi ensueño para meterme en un horno de malas ideas y preocupación. Sin embargo, la mayoría de las ocasiones era capaz de sobreponerme a estos miedos y volver a mi disposición inicial. Aunque nunca del todo. Estos pensamientos me invadían cada vez que me quedaba a solas y peleaban entre ellos, diciéndome:

—¿Por qué te crees que va a ser una niña?

—¿Por qué no iba a ser un niño?

Me levantaba alarmada y me miraba al espejo. La imagen que me devolvía me aseguraba que era una niña.

—No veo que tengas un aspecto distinto al de las dos últimas veces —me decía mi madre.

—Confía solo en tus sensaciones; ellas te dirán si es niño o niña —me decía mi amiga.

Menudo desastre si confiara en mis sensaciones, en esos pensamientos extraños que se iban turnando según el momento. Sería un desastre que confiara en mi deseo y no en mi intuición.

—No importa que sea niño o niña —les decía a todos—; lo

importante es que venga bien.

Y ese anciano extraño, plantado a las puertas de mi imaginación, diciéndome: «Ru'a. Solo la puedes llamar Ru'a. Va a ser una niña. Una niña. Imposible que sea un niño». Pero no me convencía, únicamente aumentaba mis miedos y mis malas ideas. Por eso me arrastré a la mañana siguiente a la clínica más cercana a hacerme una ecografía. Estaba casi segura de cuál sería el resultado, pero quería tener la certeza de que podía confiar en mi deseo para poder decirles a todos con toda confianza:

— ¡Es Ru'a y nada más que Ru'a!

La doctora encargada de la ecografía me lanzó algunas preguntas mientras ponía todo en marcha. Yo intentaba parecer natural, sin demostrar ningún tipo de inquietud o preocupación. Por eso se mostraba tranquila mientras se interesaba por mis dos pequeños y preguntaba qué edad tenían. Y por eso no me ocultó su descubrimiento, especialmente después de observar la sonrisa que iluminaba mi rostro mientras le hablaba de ellos con alegría. Eso bastó para que lanzara su bomba letal sin dudar ni un instante:

— Entonces van a ponerse muy contentos cuando llegue su hermanito.

— ¿Cómo? — pregunté, casi sin sentir nada.

— Es un niño, y gracias a Dios viene con muy buena salud.

Ella no se enteró de lo que me ocurrió en ese preciso momento. Nunca supo que, de un golpe brusco, me había lanzado del séptimo cielo a lo más profundo de la tierra. No se dio cuenta

de que algo dentro de mí se había extinguido para siempre. No sabía que había extraído todo rasgo de alegría de mis adentros, todo rastro de vida. No comprendió que había desgarrado mis entrañas, que había matado a mi hija, que la había arrojado al vacío. No se percató de nada de lo que sucedió en mi interior en aquel instante. Porque sus avanzados artilugios pueden mostrar lo que hay en el interior de los cuerpos, pero no pueden predecir la tristeza que iba a envolverme desde lo más profundo de mi ser.

Ocurrió en un solo instante. Había anunciado la muerte de mi hija. Había anunciado la muerte de mi pequeña, a la que nunca llegué a ver, a la que nunca pude abrazar. En ese instante se me cayeron de las manos todas las preguntas y todas las respuestas. Todos los sueños. Se me borraron de los ojos toda imagen y todo pensamiento y no quedó frente a mí más que la pálida imagen de una pequeña fosa en el jardín de mis miserias. Sobre ella, unas letras sencillas y borrosas, solo legibles para mí. Nadie más que yo conocía esas tres letras del nombre prometido, el nombre que me llegó entre sueños, que me fue anunciado. Ru'a... Un nombre que no había oído antes de aquel día ni se me había pasado por la cabeza hasta aquella noche.

Ru'a... No sé cómo llegué a aguantarme las lágrimas ni cómo consiguieron mis pies destrozados llevarme hasta la calle principal. Hasta ese momento no sabía que existía algo llamado «pérdida», algo llamado «privación». Antes de ese momento no me imaginaba que podía llegar a encontrarme en esta situación, que las lágrimas podrían correr con esa abundancia ante la

pérdida de una hija. Sí, había perdido a mi pequeña. Ru'a había muerto antes de nacer, antes de salir al mundo. Murió mi niña siendo todavía un feto en mi vientre. Murió la que hasta hacía un momento seguía moviéndose dentro de mí, su corazoncito latiendo, respirando con el aire de mis pulmones, alimentándose de la sangre de mis venas. Hoy salgo de la consulta del médico y regreso a casa después de enterrar a mi hija, a la que nunca veré, en su última morada. La oculté bajo la tierra húmeda y escribí sobre su lápida: «Aquí yacen mis recuerdos más dulces y bellos: Ru'a...».

Ese día regresé a mi casa y solo me anuncié a mí misma mi duelo. Nadie supo de mi dolor. Nadie pudo meterse bajo mi piel para desenterrar mis sentimientos. Nadie conoció el tamaño de mi pena por el fallecimiento de mi niña. Regresé a mi cocina, a los platos amontonados, a las pilas de ropa frente a la lavadora, a los juguetes desperdigados, a los periódicos y calcetines de mi esposo, a sus órdenes interminables. Regresé a mi desgracia, a mi miseria, a mi tristeza, intentando reprimir cada lágrima y cada muestra de ese sentimiento de pérdida y de locura por mi pequeña, para que ningún ser a mi alrededor pudiera volver a sondearla y sumergirse en ella.

Cojo la maleta con su ropa escondida para relegarla a un rincón del olvido y reemplazarla por ropa nueva de niño. Su padre se alegrará mucho y olvidará, cada vez que lo vea con ella puesta, que tenía una niña pequeña, nacida en un sueño, que creció, murió y fue enterrada sin que la hubiera visto él ni nadie, sin haberse presentado ante su tumba para despedirse,

sin derramar una sola lágrima en su recuerdo. Cuando haya crecido este tercer hijo, cuando se parezca a su padre y a sus hermanos, aquella niña seguirá viniendo a mí para abrazarme, para darme un beso, para pedirme que le lea un cuento antes de dormir. Exactamente igual que hago con los niños. Pero ella no duerme nunca. Permanece despierta hasta la mañana, leyendo conmigo, cantando conmigo, soñando junto a mí con el día en que se abalance sobre mis brazos y me cubra de besos día y noche, recordando a mi lado aquellos días tan bellos, cuando aún era un bebé que se formaba en mis sueños y mis venas pronunciaban su nombre en cada momento.

El agujero

Dalal Khalifa

La sala era amplia y daba a un jardín exuberante. Había sillas muy cómodas, cuadros preciosos y unos ventanales que mostraban a quien se sentara en aquellas sillas las frondosas plantas del jardín. La luz entraba a sus anchas por los ventanales, que ahora estaban abiertos y permitían el paso de la brisa, que se colaba también a sus anchas a través de la mosquitera, junto con los rayos de sol agazapados desde la mañana. ¿Y ese agujero diminuto en la mosquitera de uno de los gigantescos ventanales? Dos hilos horizontales y tres verticales se habían roto en el mismo punto, creando en la mosquitera un agujero en el que cabía un meñique. Era tan pequeño que desde lejos no se notaba si no sabías que estaba allí y por eso la sala seguía pareciendo encantadora, hasta que el cabeza de familia ordenó bajar el telón de este escenario.

El cabeza de familia estaba postrado en la cama. En realidad, ya no era cabeza de familia, sino cabeza de una casa con enfermero y sirvientes. Y en realidad tampoco estaba postrado en la cama. Únicamente su cabeza descansaba en la cama; el resto del cuerpo no lo sentía en absoluto. Podría contarse entre los muertos, pero aún era un ser humano completo, ya que su cabeza estaba sana y mostraba todos los signos de vida: pensaba, hablaba, sufría, reía, hacía ruidos, comía...

Ahí estaba, comiendo. Le daba de comer su oronda y bondadosa sirvienta, que sabía ver en sus ojos la gratitud incluso cuando el señor le reprochaba no dejarle tiempo para tragar entre

bocado y bocado. Todos eran estúpidos. Todos eran idiotas. Ninguno sabía qué quería él exactamente. Hasta el enfermero, que trabajaba como una máquina, sin detenerse nunca. El más idiota era el mayordomo. En realidad, el mayordomo no era el más idiota, sino el más malicioso, pero su señor creía que era el colmo de la estupidez. Quizás porque la estupidez es más tranquilizadora que la malicia.

Por las mañanas llegaba la máquina, le quitaba al señor la ropa, le lavaba el cuerpo, lo secaba, le ponía ropa limpia y lo colocaba sobre una cama distinta. El señor dio un grito al sirviente, que llegó y convirtió la cama en una especie de sillón en el que lo llevó lentamente por los pasillos de esa enorme casa hasta el resplandeciente comedor. Esta vez le prohibió llevarlo a la sala central que tanto le gustaba, pues sabía que se encontraría allí. El agujero, no sé si lo recuerdan. También sabía que el mayordomo aún no había cambiado la mosquitera como le había ordenado la semana anterior, porque era un estúpido, un engreído, una persona mezquina, un ser despreciable y todo lo demás.

Al día siguiente, cuando el señor estuviera de mejor humor, iría a la sala, aunque la mosquitera tuviera un agujero. El mayordomo lo adularía, intentaría hacerle reír con alguna broma absurda y le ofrecería algo para beber, como si lo estuviera recibiendo en su propia casa.

Desde su sillón, el señor ordenó que lo dejaran en la majestuosa sala frente a una ventana diferente, para contemplar la belleza de su jardín y disfrutar de la tranquilidad que le anunciaban los trinos de los pájaros. De repente, le hizo bizquear una mosca que

se le había posado en la nariz. Alarmado, quiso llamar a algún sirviente, pero temía abrir la boca, no fuera a ocurrírsele a la mosca meterse dentro. Agitó la cabeza a ambos lados, pero esta no movió sus sucias patas. Movi6 la cabeza arriba y abajo, con lo que consigui6 que la mosca revoloteara un instante para volver a posarse sobre ese lugar resplandeciente que ejercía sobre ella una atracci6n irresistible. El proceso se repiti6 hasta acabar con los nervios del se6or, que finalmente se aventur6 a abrir la boca pidiendo socorro. Llegaron los sirvientes con sus matamoscas y el se6or verti6 todo su enfado sobre el mayordomo. ¿Por qu6 entr6 la mosca? ¿C6mo consigui6 entrar? Gir6 la cabeza hacia la mosquitera de la otra ventana, que había evitado mirar desde que entr6, y emiti6 un gran suspiro. ¡El agujero ahora era el doble de grande que antes! El mayordomo sonri6 con descaro y se excus6 en la cantidad de trabajo y en sus esfuerzos por ajustarse al presupuesto. El se6or lo maldijo y le orden6 que dejara la ventana cerrada hasta que cambiara la mosquitera, como muy tarde la ma6ana siguiente.

Dos semanas despu6s, pas6 delante de la puerta de la sala y, sin querer, ech6 un vistazo al agujero. Solt6 tal suspiro que parecía que el alma se le fuera a escapar por la boca. ¡Ahora medía un palmo! ¿Qui6n había colgado de 6l esos trapos? ¿No se dio cuenta de que entonces daba de sÍ el agujero? ¿A qui6n se le ocurre usar un agujero para colgar trapos? El sirviente lo llev6 al comedor a buscar al mayordomo, que lo recibió con su sonrisa descarada y culp6 a los gatos de rajar la tela. Para calmarlo, le metió una cucharada de arroz con leche en la boca.

El señor estuvo a punto de escupírsela en la cara, pero temió que acabara aterrizando en su propia cara y no lo hizo. Además, ese arroz con leche no estaba mal. Se tranquilizó un poco. ¡Los agujeros no son para colgar los trapos de la limpieza!

Pasaron los días y el señor regresó a comprobar el estado del agujero. Gritó hasta quedar sin aliento al ver a un gato que trepaba por la mosquitera y casi consigue entrar en la sala a través del agujero. El sirviente espantó al gato, cerró la ventana y se apresuró a atender al señor, que casi se desmaya del susto, la indignación y el enfado. Cuando volvió en sí, el señor se dirigió al mayordomo con voz débil y entrecortada:

—Mañana entrarán los dinosaurios por ese agujero.

—Mañana cambio la mosquitera. Se lo prometo, señor.

—No haces nada. Eres un engaño de sirviente. Eres...

Se tragó las últimas palabras junto con las lágrimas que estuvo a punto de derramar. Si estuviera allí el sinvergüenza de su hijo, se preocuparía del asunto y despediría a este otro sinvergüenza para poner a un tercer sinvergüenza. Todos son unos sinvergüenzas, pero hay sinvergonzonerías peores que otras. No le quedaba otra que retirarse a su habitación para no ver nada y no enterarse de la entrada de ningún dinosaurio.

—¿Por qué torturas así a este pobre hombre? ¿Por qué no le haces el favor de cambiarle la mosquitera? —El mayordomo continuó cortándose las uñas en el comedor, haciendo caso omiso de las reglas del señor e ignorando la mirada agresiva que la sirvienta bondadosa le dirigía. La única arma con la que contaba—. Parece que olvidas que el dinero que vas a utilizar

para la reparación es suyo y que tú trabajas para él.

—¿Has dicho pobre? —respondió, acariciándose con el pulgar las uñas recién cortadas—. ¿De quién es este palacio y el ingente capital que tiene en los bancos? ¿Para quién trabajamos todos? Nosotros somos los pobres, atontada. Él, en cambio, es un arrogante que no sabe más que dar órdenes y humillarnos. ¿Es que a ti no te grita todos los días?

—Él... Él es un inválido. ¿No tienes ni una pizca de compasión? ¿Alguna vez has estado tan incapacitado como para no poder lavarte tú mismo los dientes o espantarte una mosca de la cara? ¡Es inválido hasta para llorar! Si llora, tiene que secarle las lágrimas otra persona, que de paso se entera de que ha llorado.

—Además, estoy ocupado.

—¡Te haces el ocupado! Eres un vago y lo haces adrede.

—¿Qué quieres ahora?

La sirvienta suspiró irritada y le lanzó una última mirada encendida. Sabía que disponía de un periodo de tiempo limitado para manifestar su enfado y que no se le permitía superarlo. La inflexión de la voz del mayordomo durante sus últimas palabras puso punto final a ese periodo. Por eso la sirvienta se retiró de la escena con el disgusto a cuestas para continuar con su enfado por dentro. Qué ser más despreciable. Tenía el complejo de los pequeños que quieren ser grandes. Todos se comportan de esa manera tan mezquina y hacen todo lo que está en su mano para conseguir su propósito, vengándose de sus señores de las maneras más sucias. Lo extraño es que siempre (qué extraña coincidencia) se cuelan por los agujeros. Siempre.

Un agujero no es ni una ventana, ni una alcantarilla, ni una entrada, ni una salida. ¡No es más que un agujero! Una cosa que se forma a tu pesar, cuando se desgastan las cosas o cuando les ponen las manos encima unos vándalos.

—Disculpe, creo que el agujero está en su cabeza.

—No, está ahí. En la mosquitera. No es mi culpa que el mayordomo no se preocupe por estas cosas y que usted no desaprobe la insolencia.

—En cualquier caso, usted está pidiendo algo casi imposible. Los análisis...

—La derecha solo, doctor, se lo ruego. Se lo ruego.

—Vale, de acuerdo... Haré lo que pueda. Hemos enviado su informe a tres de los mejores doctores extranjeros y solo nos queda esperar, pero...

—No quiero peros, por favor... Consiga que pueda mover la mano derecha algún día, aunque me muera inmediatamente después. Se lo ruego.

—¿Tanto lo necesita? ¿Por qué?

—Quiero darle una bofetada a mi mayordomo.

Es medianoche y el viento ruge fuera, agita las ventanas cerradas y se cuela en la habitación del señor aullando como un lobo, rugiendo como un león. No cabe duda de que entró por ese agujero. El enfermero está durmiendo y sus ronquidos parecen otra fiera en la habitación contigua. Todos se han colado por el agujero.

El profesor Siham al-Jasim

Miraba a hurtadillas y volvía a esconderse. Luego recuperaba de nuevo su lugar central en mitad de ese espléndido escenario. ¿A quién no le hubiera gustado formar parte de un panorama tan cautivador? Así estaba el sol aquel día de invierno, buscando orificios por los que asomarse tranquilo a observar a los habitantes de la tierra, lanzando su luz a través de las nubes. Cruzaba el cielo su luz traslúcida, atravesada por unas nubes blancas en armonía con aquella extensa claridad, mientras las cristalinas gotas de lluvia reflejaban todo aquello en sus partículas en caída libre.

Era un clima filosófico, contemplativo e idílico en el que estaba sumido Jáled, profesor de filosofía en la facultad de mujeres, mientras se dirigía a dar una de sus clases a las alumnas de segundo curso. Caminaba de un vestíbulo a otro, observando los rostros con los que se cruzaba fugazmente, escuchando los buenos días que compañeros y alumnas se deseaban desde lejos o algunos con la mano si se cruzaban en el camino. Era el toque de calidez que le faltaba al invierno; un toque afectuoso de cuya intimidad no se privaban los corazones, en armonía con la delicadeza de la mañana.

Se veían sonrisas encantadoras, con una fascinante capacidad para transmitir sus albricias a los semblantes más taciturnos, que se abrían y recuperaban, gracias a ellas, el brillo perdido de la vida.

Cada uno se metía en su clase. Como en todo en esta vida,

había quien llegaba para escuchar y quien llegaba para charlar. El mismo lugar reunía al satisfecho y al resentido. Lo extraño era que les unía el deseo de conseguir el mismo objetivo.

El profesor Jáled se detuvo ante la puerta del aula y le propinó unos sonoros golpes, tras los cuales se fueron disolviendo las conversaciones que mantenían las alumnas. Saludó y le respondió el eco reprimido de una risa cuando dirigió la mirada a una de las alumnas, entregada a una jovial y prolija conversación. ¿No habrá nada que consiga frenar el apetito de las mujeres por la cháchara sobre los detalles más nimios y microscópicos que no les conciernen ni conciernen a la vida?

No había ninguna manera de acabar con esa categoría de cháchara femenina. Parecía existir un gen femenino heredado de generación a generación de mujeres. Así estaban los ánimos del profesor Jáled, apaciguados poco antes por la calma de las nubes. Escribió en la pizarra el título de la lección: «Los cínicos: los filósofos perros».

Se dirigió a las alumnas que contemplaban entusiasmadas aquel bello clima por las ventanas del aula. Una de ellas dirigió la mirada al título de la lección y se lo señaló a su compañera, que sonrió con malicia. Jáled comenzó la clase:

—Hoy seguiremos hablando de las escuelas filosóficas. Les toca el turno a los cínicos y a su fundador, Antístenes, que procedía de la escuela sofista. El fin de esta escuela era la defensa de la virtud. Podría decirse que ladraban ante el vicio, como haría un perro guardián. Esa era su manera de proteger a la comunidad, aunque al mismo tiempo mostraban cierto

desdén hacia los valores, leyes y creencias de la sociedad. Consideraban que el ser humano debe liberarse de sus deseos, pues son la causa de sus preocupaciones.

Mientras hablaba, recorría el aula con la mirada. Se fijaba en las caras de sus alumnas para valorar hasta qué punto iban siguiendo lo que decía. Ellas se figuraban que era como esa pieza redonda y metálica que cuelga de los relojes antiguos y se mueve de derecha a izquierda por cómo se agitaba frente a la pizarra para explicarse.

—Las figuras más famosas de esta escuela fueron Crates y Diógenes —continuó diciendo—. Diógenes vivía dentro de una tinaja y caminaba siempre descalzo. Se hizo famoso por su ascetismo y su rechazo a las costumbres sociales.

Las pupilas de las chicas comenzaron a dilatarse con lo que escuchaban y empezaron a dibujarse expresiones de asco sobre sus caras. Él siguió hablando, pues preveía la llegada de una oleada de protestas, que incitó con esta coletilla:

—También dicen que recorría las calles de Atenas por el día con un candil en la mano y, cuando los viandantes le preguntaban por qué portaba ese candil, él respondía: «¡Estoy buscando a un ser humano!».

Tras decir esto, se colocó las gafas sobre la cabeza y la inclinó ligeramente. Avanzó a paso lento hasta el centro de la clase y volvió a echar la cabeza hacia atrás.

Era un profesor alto, de rasgos armónicos, con una melena densa y lisa. Si no se le había caído el pelo aún, era porque enseñaba a los demás. No era como los profesores calvos que

solo se ven en los dibujos animados y en los culebrones árabes en tono de parodia.

Hoy parecía que no les estaba gustando a todas su prédica. No tardó en interrumpirlo una alumna:

—Profesor Jáled, opino que una escuela como esa desempeñaba un papel repugnante en aquella época.

Le sucedió un coro de protestas como las que se suelen presenciar en las aulas. Ese tipo de protestas no se manifestaban hasta que una voz valiente las precedía y alentaba. Por suerte, el individuo que primero apoya a las masas no se encuentra únicamente tras los pupitres.

—¿Por qué lo dices? —Sabía perfectamente el porqué, pero le gustaba escuchar y estimular el pensamiento estancado.

—Ladraban contra el vicio, pero lo que hacían era una manera de imponer un caos dañino para la sociedad. Empezando por lo de parecerse a los perros. ¿Se puede reformar la sociedad en base a ladridos? ¿No es eso en sí mismo un vicio, profesor?

—A lo mejor —saltó otra— la sociedad de entonces sobrepasaba muchos de los límites y normas sociales.

El coro de protestas se alzó de nuevo:

—¡Pero el modelo que proponían no era para nada bueno! ¡No tenían ningún derecho a exigir que se imitara su ejemplo!

—Diógenes estaba medio loco —surgió una voz desde la última fila—. ¿Qué es eso de encender un candil de día para buscar a un ser humano y luego vivir en una tinaja? ¿Él no es un ser humano?

—No se refiere a un ser humano en concreto —respondió otra

desde el lateral opuesto—; se refiere a la humanidad.

—Se ve la influencia de los sofistas en su fundador— contestó otra—. Se pensaba que había creado una filosofía nueva y que al difundirse su prestigio resolvería los problemas del mundo.

—Desprecia las costumbres sociales y pretende corregirlas haciendo todas esas tonterías...—le siguió otra alumna, como completando el discurso de su compañera.

El profesor Jáled atendía en silencio a las protestas. Tenía respuesta para todo, pero buscaba algo mejor. Ellas esperaban su respuesta e interpretaban su silencio de dos maneras: o bien no aceptaba lo que decían, o lo habían dejado fuera de combate, mudo por su derrota. Esta última opción era la que preferían, pues encendía en sus corazones un sentimiento de orgullo. Él permanecía en pie frente a ellas, como si fuera un enviado del mundo de los filósofos, como si viniera de compartir risas con Demócates, como si acabara de dar un paseo con los estoicos o como si habitara en la ciudad ideal puerta con puerta con Platón. ¡Tenía cara de haber preparado el veneno que acabó con Sócrates!

Se hizo el silencio. Lo interrumpió la alumna que se sentaba enfrente del profesor. Con voz débil y vacilante dijo:

—Profesor, esta escuela de pensamiento, ¿añade algo a la mente humana? ¿La estimula de alguna manera? ¿Por qué seguimos recordándola y estudiándola cuando la filosofía es la más noble de las ciencias? ¿Se hacían llamar a sí mismos «perros», pero buscaban la virtud y la humanidad? ¿Dónde tenían ellos la virtud y la humanidad?

El profesor Jaled volvió a pasear la mirada antes de dar su parecer:

—La mente humana, en su evolución a través de los siglos, se parece a la mente de un solo ser humano a medida que se desarrolla. Cada paso hacia delante dado en una época anterior añade a tu pensamiento de hoy un nivel mayor de entendimiento en la época de desarrollo que te haya tocado vivir. Esto no significa que tengamos que rechazar ahora todo lo que vino siglos antes de nosotros a resultas del desarrollo de nuestros conocimientos. No, aquellas ideas ya eran rechazadas entonces, incluso censuradas, sin necesidad de haber alcanzado el nivel de conciencia y progreso que hemos conseguido nosotros.

—¡Pero presentaban un modelo inútil! —respondió una alumna—. Y construyeron sobre él una escuela filosófica.

—Sí, es cierto. Ya lo he dicho: no debemos olvidar que era un pensamiento en las primeras etapas de su desarrollo. La mente humana pone en práctica las fases de crecimiento que quieren alcanzar la perfección y hasta hoy no la han alcanzado ni la alcanzarán, pues la perfección humana reside en la continuidad, el ensayo y la práctica. Además, hay países de los que habla la historia y reinos que fueron destruidos porque estaban contruidos sobre la nada. Aquí estamos hablando de la mente humana y esta fue una de tantas escuelas filosóficas que vienen y van. Ocurre lo mismo con las ideas; no son de provecho en una mente vacía.

—Pero se trata de Diógenes, profesor —saltó otra—. Diógenes... —Su reacción hizo reír a sus compañeras—. No

creo que haga falta llegar a esos extremos —continuó.

—¿Qué pasa con el pobre Diógenes? —dijo riendo el profesor—. ¡Solo quería encontrar a un ser humano! Continuaremos con el debate en la próxima clase. Adiós.

El profesor Jáled salió de clase sintiendo en el alma la alegría que le había despertado el ambiente de aquel debate. Había sido una cháchara entre mujeres, pero no del tipo que se les solía recriminar.

El cielo seguía cubierto de nubes, como era habitual en el clima de aquella ciudad. Era posible que la estación cambiara de repente, sin avisos. Al acercarse a su coche, el cielo brilló con intensidad, disipando todas las nubes. El profesor sonrió, repitiéndose a sí mismo:

—Parece que también estén buscando a un ser humano.

Como un ave siberiana

Sehla Al Saad

*El amor no consiste en buscarte en cada cosa y en cada lugar,
sino en sentirte en cada cosa y en cada lugar,
abreviando todas mis historias para contarlas entre tus manos.*

(Sehla)

Ella tomó su mano, morena y sudorosa, entre las suyas y dijo:

— Vivirás una vida más larga que la de ella, pero no se medirá en años. Alcanzarás un saber mayor que el de ella, pero no se medirá en títulos. Experimentarás un amor más profundo que el de ella, pero no podrá expresarse con palabras. Serás más conocido que ella, cuando ese conocimiento ya no te sea útil.

— No es más que una vagabunda y una charlatana, pero qué bien habla... No dijo nada concreto de tu vida, pero te comparó conmigo. ¿Por qué será?

— Será porque sabe que eres mi vida.

El viento hizo golpear contra la ventana gotas de lluvia, que comenzaron a deslizarse como lágrimas sobre un rostro afligido. A través de la ventana, se veía Hyde Park, que atravesado por la primera luz de la tarde parecía desierto. Sobre ese banco empapado ahora por la lluvia, pudimos disfrutar nuestros encuentros más hermosos.

— ¿Me amarás también cuando sea vieja?

— No lo puedo saber a ciencia cierta.

— ¡Respuesta incorrecta! —le dije con un codazo—. Tu hijo también se ha enfadado contigo desde mi vientre. ¿Necesitas que te dé opciones para que aciertes en la respuesta?

Reímos. Qué frío está el cristal de la ventana... Y qué fríos y dolorosos los recuerdos cuando se nos aparecen tras el vidrio de una ventana llorosa.

Le hice la maleta, que tuve que llenar de pesadas prendas de invierno.

—¿Crees que el frío de Siberia será como el de Doha?

—Conozco el frío de Siberia, y sé que no estarás allí para darme calor.

—¿Por qué justo a Siberia? ¿Por qué no vais a cazar a un país más cercano y seguro? Náser, ¿por qué tenéis que iros al fin del mundo a colocar vuestras trampas y perseguir a vuestras presas?

—Mi presa eres tú y ya te cacé. Solo voy con mis amigos a divertirme. Es nuestra afición. Si me quedara aquí y fuera a convenciones de negocios, también te opondrías y me dirías que voy a la caza de negocios. No solo seguimos a las aves allí, sino que las esperamos cuando migran a Argelia desde Siberia en su viaje estacional.

Me quedé callada a regañadientes. Cada temporada de caza le preparo la maleta mientras él prepara con sus amigos las provisiones para el viaje, que dura meses. Viajan en dirección al hielo y después se desplazan de Siberia a Argelia, a donde migran las aves.

Mi segundo hijo golpea las paredes del útero, protestando también por la marcha de su padre.

—Volveré antes de que nazca. Te lo prometo.

Besó mi vientre hinchado antes de estrecharme entre sus

brazos. Después abrazó a su hijo y se fue.

* * *

Las luces del paritorio me ciegan los ojos, que ya notan los efectos de la anestesia que me inyectaron en el muslo. Cada vez más débil, repetía una y otra vez:

—¿Ha llamado Náser? Mi marido, ¿ha llamado?

No recibí respuesta. Lo único que noté fue cómo las luces perdían intensidad y la claridad iba poco a poco desapareciendo.

* * *

Aquella senda de Hyde Park parece ahora sumamente lejana y desierta. Aquel día nos cubrió la sombra de una bandada de pájaros. Náser miró al cielo y dijo:

—Dentro de unos meses estas aves se dirigirán a Argelia. Nosotros las seguiremos hasta allí.

Quién nos iba a decir en ese momento que las balas de unos asaltantes de caminos lo alcanzarían antes que las aves, que le dispararían antes de que él pudiera dispararles a ellos. Quién le iba a decir en ese momento que caería ensangrentado como un ave siberiana, cuyas plumas se esparcen por el aire, descendiendo del cielo para dar de bruces con una tierra extraña a la que migró en busca de cierta diversión y de una presa en la que se acabó convirtiendo. Quiso cazar y acabó siendo cazado.

—¿Dónde está mi marido? ¿Ha llegado ya?

La enfermera no me respondió, pero a través de los contornos de luz y de las cabezas flotando a mi alrededor antes de terminar de perder la consciencia me llegó la voz de mi madre diciéndome:

—Has traído al mundo a un niño, cielo. Aquí está tu nuevo Násér.

* * *

Puedo ver a Násér ahora a través de la ventana mojada, caminando por la misma senda asfaltada por la que aquel día paseábamos su padre y yo. Ahí está, practicando sus primeros pasos, cogiendo con una mano a mi madre y con la otra a una niñera.

Una rosa con cinco pétalos

Shamma al-Kuwari

Soy una rosa. Una sola rosa.

Tengo la forma de la rosa damascena, la pureza del jazmín, la belleza de la lila, el aroma de la sampaguita y el esplendor de una palmera. Mi madre me puso el nombre de Iris, como la flor, pero mi padre me llama «mi vida». Los dos me lisonjean diciendo: «Eres mi vida, Iris».

Mi marido, en cambio, al que me uní en santo matrimonio el otoño de 2007, se divertía burlándose de mi nombre y repetía siempre que podía: «¿Cómo es posible que a una chica catari, de origen beduino, la llamen Iris? ¿No hubiera sido mejor que te llamaran Qataf, como el emblema floral de Catar? Al fin y al cabo, se parece al iris y es más de aquí».

Siete noches tardó mi marido en regresar a casa después de una noche de bodas nada espléndida. Cuando por fin llegó, de madrugada, yo estaba medio dormida. Había pasado todo ese tiempo como una mariposa soñadora, esperando algún tipo de sorpresa. Para ser más exacta, esperaba que llegara con un par de billetes de avión para pasar la luna de miel en algún país. Ni siquiera soñaba con viajar en primera clase o clase *business* a algún país europeo caro. Solo soñaba con viajar en clase turista a cualquier país, cercano o lejano.

Juro que no me atrevía a soñar con ir de compras a tiendas conocidas ni con entrar en restaurantes elegantes. Mi intención era conformarme, como de hecho lo hice, con la ropa que tenía y con alguna comida sencilla en un restaurante de comida rápida

cuando a él le apeteciera.

¿Qué culpa tenía yo de perseguir la dicha y de querer construir con él unos recuerdos felices? ¿Era culpable por soñar? Aquella noche mi marido llegó de madrugada, tarde incluso para aquella mujer recién casada que se quedaba hasta las tres de la madrugada esperándolo. ¿Me estaba castigando? ¿Por qué lo hacía? ¿Tan estúpida soy que no soy capaz de entender mi culpa?

Recuerdo aquella tarde en la que me llevaba a casa de mis padres. Le pregunté, dócil:

—¿A qué hora vendrás a recogerme?

Él frunció el ceño, echó un vistazo a su reloj de pulsera y me respondió con frialdad:

—¿Tengo que venir yo a recogerte? Que te traiga a casa alguien de tu familia.

Su respuesta me dejó de piedra y por algún motivo no fui capaz de contestar. Preferí callar. A lo mejor ese fue mi primer error, aunque no sería el último.

Se hizo el silencio, que se extendió a la vez que lo hacía el error. Se expandía y se ramificaba hasta acabar convirtiéndose en una bestia mitológica que desde su llegada se tomó muy en serio despertarme de mi locura y acabar con mis insolentes sueños.

Me inventé una excusa para justificar que no pudiera venir a recogerme. Mi madre no pudo evitar levantar las cejas en un gesto de estupor, mientras hacía un gesto de aprobación. Mis excusas podían engañar a todo el mundo, salvo al cerebro y al

corazón de mi madre.

Sus ojos parecían decir: «Después de lo que nos costó aceptarlo, ¿así te trata? Sin casa, sin viajes, sin un regalo nupcial... ¿Y ahora qué? ¿Hasta los buenos modales ha perdido?».

Todo esto y mucho más pude leer en los ojos de mi madre, pero yo la ignoré por completo. No contesté. Fui yo quien escogió a este hombre e insistió en casarse con él. Ahora me tocaba asumir las consecuencias.

Poco después estaba de vuelta, sentada al borde de la cama, mirando al vacío. En la habitación no había nada bonito ni especial. No había ningún cuadro, ninguna flor, ni siquiera una colcha medianamente decente para dos recién casados. Todo era viejo y seco. Viejo como esta casa humilde construida a principios de los ochenta, unos cuatro años antes de que yo naciera. Seco como el trato que me dispensaba este marido desde que me uní a él en matrimonio poco más de dos meses atrás.

Me lanzó una mirada fría y avanzó lentamente hacia nuestra humilde habitación.

—Has vuelto —dijo en un tono contrariado—. No te inventes problemas de la nada —añadió aún más seco.

Abrí los ojos sorprendida. No sabía de qué problemas hablaba ni cómo ni cuando me los había inventado. Yo era una mujer recién casada, rota y sobrepasada, que esperaba en mitad de la noche, sola y miserable, a que llegara su marido. Un marido que no era capaz de gastarse lo que cuesta un helado o una taza de café en cualquier bar.

—¿Por qué me pides —continuó, más agitado— que te traiga a casa si donde tus padres tenéis coche y chófer? ¿De qué te sirve ser de una familia pudiente?

No respondí. No fui capaz de entender a qué se refería con su pregunta y mucho menos de averiguar qué tipo de respuesta sería correcta. Él me miró con un gesto de desaprobación y siguió hablando en un tono intimidatorio:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no contestas? ¿Te has vuelto muda de repente?

Yo esperaba que estuviera buscando un pretexto para discutir, pero era algo mucho peor que eso. Estaba buscando un pretexto para la hostilidad, ¡y qué clase de hostilidad! ¿Iba a esforzarse de esa manera en enemistarnos para siempre cuando acabábamos de empezar?

Puse alerta todos mis sentidos, preparada para un ataque repentino que parecía inminente, pero el ataque ya había comenzado y no había escapatoria. Tenía que enfrentarme a él o rendirme. ¿Por qué me atacaba? ¿Será posible que una peditra de treinta y un años como yo sea tan estúpida como para no entender los motivos de su ataque contra mí?

¿Qué hacer? Mejor no hacer nada, no pensar, no abrir la boca. Me quedé paralizada ante la brutalidad que se avecinaba y cuyas razones desconocía. Él continuó a gritos:

—Vale, ya sé por qué no hablas. ¿Será porque no tienes motivos? Vaya una esposa lerda... Eres una inútil. Solo aspiras a cansarme con tus recados mientras tu familia se deshace de ti y se queda tranquila. Seguro que no daban crédito cuando se

libraron de ti. Eras una carga demasiado pesada.

Señaló la puerta, altivo, con uno de sus dedos largos y de tez morena.

—Si te pensabas que era tonto, has sido una estúpida. Mi madre me ha informado de todo. Eres como un libro abierto para mí. Como se suele decir: ahí está la puerta, bonita. Cabe hasta un camello.

¿De verdad le acababa de escuchar reprocharme el haberme casado tan mayor?

No sé si está más caduca mi edad o mi capacidad para razonar y tomar mis propias decisiones. Aquello era sin duda una señal para expulsarlo de mi vida, pero en ese momento no fui capaz de entenderlo (o directamente me negué a entenderlo) y no lo hice.

Ya no era capaz de seguir con él ni de que me embistiera otra de sus olas de enfados injustificados. No podía seguir nadando con ese oleaje, pues nunca había sido muy buena nadadora.

Mis ideas eran contradictorias y estaban en constante conflicto. Mi marido pasó a ser una mera persona de pie frente a mí. Para mí solo representaba un enorme peligro al que le seguía un peligro mayor.

Al poco tiempo me empecé a asustar. No puedo describir el dolor y la pena que sentí en ese momento. Me tragué sus insultos y soporté esa tosquedad en secreto y también en público, pues parecía que gran parte de lo que pasaba en la intimidad de la pareja también lo sabía su madre. Podría incluso afirmar que estaba detrás de todo lo que estaba ocurriendo.

Apreté la taza caliente que sostenía entre mis manos temblorosas, en un intento por protegerme con su calor del distanciamiento injustificado de mi marido. No entiendo cómo pude aceptar que se convirtiera en mi marido.

¿Me estaba engañando a mí misma escondiendo mi enfado en las palmas de las manos que sujetaban aquella estúpida taza en la que ponía «te quiero» y dos corazones?

¿Habrase visto mayor estupidez que la que me hizo engañarme a mí misma y escribir «te quiero» en aquella taza?

¿A quién quiero yo aquí?

¿Es un «te quiero» para mí o para él?

¿O acaso, Dios me libre, es él quien me quiere a mí?

A lo mejor es mi manera de decir a la gente que hay alguien que me quiere.

¿Por qué no? ¿Por qué no iba a quererme alguien? ¿No me merezco el amor como el resto de chicas monas que sueñan con un amor legal y lícito entre marido y mujer?

¿Por qué no iba a poder llevar una alianza como hacen el resto de mis amigas y familiares? ¿No me merecía ponerme un vestido de novia?

Lo único que yo quería era comprometerme con un hombre de manera legítima y tradicional, para amarlo y que me amara, para hacerlo feliz y que me hiciera él feliz a mí. Es cierto, tardé mucho en tomar la decisión. Todas mis amigas y la mayoría de mis familiares se casaron mucho más jóvenes que yo y hay quien incluso ya tiene cinco o seis hijos, algunos de ellos en el colegio. Todas han llegado más lejos que yo. ¿Qué problema

tengo?

¿Me equivoqué al aceptar a este hombre como marido?

No me escapé con él ni lo amaba antes del matrimonio. No sentía ninguna pasión por él. Fui el arquetipo de chica racional, educada e ingenua durante una adolescencia ejemplar. Tenía mis sueños, y los sigo teniendo, pero estaba siempre esperando a que llegara el momento de comprometerme legalmente con un hombre para hacer maravillas con él. Iba a ser mágico. Viviría una historia de pasión irreal, parecida a las historias de amor que me volvían loca entonces. ¡Mejor incluso! Por desgracia, nada de esto ocurrió.

Pasaban los años y no encontraba ningún marido potencial. El motivo fueron mis estudios en la Facultad de Medicina de Mascate, que me imponían estrictas rutinas y no me dejaban tiempo para salir de la residencia de estudiantes.

Año tras año volvía a casa y me encontraba con que Fulanita se había prometido y Menganita se había casado y había tenido un hijo, luego dos, luego tres. Para cuando terminé la carrera, mis dos hermanas pequeñas se habían casado y ya eran madres, la una con dos hijos y la otra embarazada del tercero.

¿Por qué le echo la culpa a la Facultad de Medicina de lo que tardé en casarme?

¿Por qué no podrían ser las normas de mi familia la causa?

¿Por qué no puede ser culpa de mi piel trigueña y mi aspecto modesto? No oso hablar de belleza modesta, pues no soy capaz de ver un ápice de belleza en esta cara.

¿Soy poca cosa? ¿O me falta confianza en mí misma? No

quiero saberlo; no quiero enfrentarme a mí misma. No tengo necesidad de pasar por eso ahora. Solo quería un marido y traer hijos al mundo.

Después de todo, me equivoqué... por apresurarme.

El cacique de mi marido paró por un momento. Después continuó sus ataques.

Hervía como un caldero en un volcán. Estaba más nervioso de lo normal. Estaba nervioso en extremo. Lanzaba cantidad de palabras rabiosas con las que me machacaba los huesos y me cercenaba las carnes. Para este bestia no era más que una presa fácil.

Qué fácil es abatir a una presa que se empequeñece ante quien se hace fuerte ante ella, con la voz alzada y su inflada imagen propia.

Qué fácil de abatir es quien desempeña el papel de víctima indefensa y se rinde ante la fábula de su fuerza.

Cerré los ojos unos segundos. Estaba como quien invoca lo desconocido y no recibe respuesta.

Se tumbó con apatía en la cama, lanzó un fuerte suspiro y masculló lo que parecía una amenaza:

—Para que podamos seguir viviendo juntos es necesario que nos entendamos.

Aquella advertencia fue la única cosa sensata que había dicho hasta el momento. Era la llave que me permitiría tomar conciencia de lo que había ideado para mí. Estaba hurgando con toda vileza en mi herida para que siguiéramos viviendo juntos. Teníamos que entendernos al precio que marcará él.

¿Quién iba a entenderse con quién?

¿Me tenía que entender yo con él o él conmigo? Más bien tenía que entenderse él con su madre primero, para volver y entenderse conmigo a su manera. ¿O a lo mejor soy yo la que tiene que entenderse consigo misma?

Se levantó, entró en el baño y cerró al instante la puerta tras de sí. Yo me puse de pie y dejé la triste taza sobre la primera mesa que encontré. Me puse cada vez más colorada. No hacía más que preguntarme: «¿Cuál será el precio que tendré que pagar para que se quede conmigo? O, mejor dicho, para permanecer casada a ojos de los demás, ante quienes rendía más cuentas que ante mí misma».

Después balbucí: «¿Me atreveré a salir de este estado y enfrentarme a lo que siento ahora mismo? No hay duda de que me va a tocar enfrentarme a situaciones más duras y difíciles».

Suspiré sentada en la silla que había frente al tocador. Miré con indiferencia mis pinturas y mis perfumes caros, apoyé la cara en la mano y murmuré para mí: «¿Me voy a someter a esta situación detestable? ¿Voy a aceptar esta vida odiosa y a estar alerta a la menor palabra y al menor movimiento? Si se toma mi manera normal de hablar y la pregunta de cuándo vendría a recogerme como un insulto personal, ¿qué hará en un futuro cuando quiera llevar una verdadera vida familiar?».

Por mi mente solo pasaban mis lecciones de psicología y mis decisiones. Recordé lo que no me permitía olvidar: las advertencias de mi padre.

La noche antes de casarnos, estuve charlando con mis padres

en el balcón que da al patio de atrás, iluminado por unas luces tenues muy bonitas que se repartían aquí y allá de manera homogénea entre los árboles. Los jazmines emanaban su aroma purificador y del estanque artificial que había en el centro del jardín llegaba el croar de las ranas.

Estábamos los tres alrededor de una mesa blanca redonda, sin mirarnos a la cara, como llevábamos haciendo últimamente a causa de las constantes discusiones, cada vez más largas y agrias, que manteníamos en torno a mi matrimonio.

Me limité a observar el blanco puro de la flor del jazmín, mientras me preguntaba a mí misma qué es lo que distinguía al jazmín de todas las flores: su color, su perfume, su forma, o quizás todo ello en su conjunto.

La criada se acercó. Le tenía mucho cariño. Era una señora ya mayor, de origen persa, que llevaba viviendo en nuestra casa desde antes de que yo naciera. La considerábamos un miembro importante de la familia y le permitíamos sentarse con nosotros en nuestras reuniones y participar en nuestras charlas.

Iba empujando un carrito con distintos zumos y unos ostentosos platos con pastelitos variados. El tintineo de los platos sobre el carrito parecía ir a coro con el croar de las ranas.

Nos trajo a cada cual nuestra bebida favorita sin preguntar y a mí me puso delante un bizcocho de naranja soberbio, que era una de las especialidades de nuestra cocinera.

Mi madre cogió el vaso de limonada con menta que tanto le gustaba a mi padre y, como él no podía levantarse, se lo puso con cariño entre las manos diciéndole en voz baja:

—Toma, cariño. Te lo he preparado yo como a ti te gusta.

Mi padre asintió y le dio las gracias en un susurro. Acto seguido mi madre le cubrió las piernas con una manta gruesa para protegerlo de cualquier corriente de aire frío que pudiera llegar. Desde hacía tres años, a causa de una neumonía, mi padre tenía las defensas muy bajas y era muy sensible a los cambios de temperatura.

En los últimos días, el tema de mi casamiento era el que más se trataba en nuestras reuniones familiares.

Aquella noche, mi madre resumió su opinión así:

—No te rebajes comprometiéndote con un hombre de un nivel social, económico y cultural más bajo. Sabes muy bien que solo te quiere por tu dinero y por el dinero de tu padre.

Me metí en la boca un trozo enorme de bizcocho de naranja, como si quisiera desquitarme con mi pobre estómago. Después contesté en un tono de protesta arbitrario:

—¡A mi edad me tengo que rebajar sí o sí! Ahora mismo las oportunidades que tengo son ínfimas y si me espero más serán inexistentes.

Mi cariñoso padre apartó la mirada bien lejos y solo dijo:

—Sigues teniendo oportunidades. Eres tú quien ha de crear las oportunidades y decidir qué hacer con tu vida. No dejes que los demás decidan por ti.

Se refería a una preocupación mía fuera de lo normal por el qué dirían cuando me convirtiera en la única solterona de mi generación.

Mi madre se mordió los labios y añadió, en un último intento

por convencerme:

—Sabes muy bien que se empeñó en no darte un regalo nupcial que estuviera a tu altura, que se empeñó en celebrar la boda en un salón mediocre, que se empeñó en que vivieras en una habitación dentro de la casa de sus padres, donde ya viven sus tres hermanas...

La pobre me miraba con unos ojos que ya sabían que no me podían convencer. Frunció el ceño y me clavó la mirada, con la esperanza de encontrar en mis ojos un último brillo de cordura. Por último, agregó con voz aguda:

—¿No entiendes que el hombre no puede imponer todas sus condiciones y no avenirse a encontrar un término medio entre los dos? ¡Y todo esto antes incluso de celebrarse el matrimonio! ¿No entiendes lo que eso significa? Significa que después él no te dará nada y esperará que tú se lo des a él todo.

Había subido el tono de voz en esta última frase hasta el punto de que se le entrecortó la respiración.

Sentí cómo el estado de ánimo de mi padre, que ya estaba ensombrecido, se deterioró aún más. Noté cómo se apretaba los labios antes de intentar tranquilizar a mi madre con una voz débil:

—Un poco de sensatez. No reacciones así ahora.

Mi madre se giró hacia mí para poder leer la expresión de mi cara y me preguntó, seca:

—¿Y tú? ¿Sabes qué es la sensatez?

Por un breve instante pensé en contestarle. Quise darle docenas de opiniones que rondaban mi cabeza, porque estaba convencida,

sencillamente, de que estaba siendo objeto de cotilleos, de que todo el mundo hablaba de mi soltería: mis amigas, mis compañeras de trabajo, mis parientes, mis hermanas... ¡Incluso ellos dos, mis propios padres! No contesté, pues se me fue la atención a mi padre, que tras dejar el vaso de limonada en la mesa se marchó en su silla de ruedas. Mientras se alejaba, con voz tierna y seca, dijo:

—No pierdas el tiempo y ahórrate tus reprimendas. Déjala que haga su experimento y cargue con el peso de su error.

En este momento estaba cargando de verdad con el peso de mi error.

Mi marido, el cacique, entró con parsimonia en la habitación, dispuesto a atacarme con sus mil ideas y su fuerza. Mientras se secaba el agua de la cara con una toalla de mano, pensé que yo debería tener una toalla como esa, para borrar con ella todas estas fantasías en las que me sumerjo y que me han hundido con ellas.

Me observó. Debí parecerle tranquila y dócil. Me sentó frente a él y me dijo en un tono falso:

—Me compadezco de ti. Eres doctora y vives en esta casa, a un nivel que no se corresponde con tu posición, después de vivir en un palacio —Miró con desprecio la habitación, como si la estuviera viendo por primera vez, y continuó con sus argumentos—: Tú ya sabes que nuestra casa es muy humilde. No tenemos más que una sirvienta y está muy mayor. Siempre se está quejando de sus achaques y enfermedades. Como se pasa el día durmiendo, mi madre y mis hermanas se ven obligadas a

hacer las labores del hogar con sus propias manos.

Levanté las cejas sorprendida. Una idea comenzó a rondarme la cabeza: ¿qué se creía ese señor que se hacía llamar mi marido? ¿Acaso hacer las labores domésticas uno mismo era una denigración? Menuda idiotez. Mi propio padre, que es rico, nos animaba siempre a hacer nosotras mismas nuestras propias tareas del hogar y nos enseñó a respetar al servicio y tratarles bien.

Tomó mis manos entre las suyas, enormes, y siguió hablando con una voz más suave, mirándome a los ojos:

—No querría yo que estas manitas tan suaves se estropearan haciendo las labores del hogar. Obviamente, no voy a pedirle a mi madre o a mis hermanas que me laven y planchen la ropa o que me cocinen. Y, por supuesto, ni tú ni tu padre vais a permitir que seas tú quien lo haga —Se llevó mis manos a su boca y les plantó un beso con esos labios toscos y secos antes de seguir—: Así que pídele a tu padre que nos mande a dos sirvientas y un chófer.

Vi en sus ojos encenderse un brillo extraño. Una sonrisa maliciosa dejó ver sus dientes. Concluyó:

—Y más le vale que el chófer venga conduciendo un buen coche, que esté a la altura de la posición social de su hija.

Soltó mi mano y me acarició el pelo, añadiendo finalmente con un tono artificial:

—Después será mejor que nos mudemos a una casa más amplia y más bonita, en un barrio mejor —Me agarró de la cara y terminó en un susurro casi inaudible—: Una casa más

apropiada para ti y para nuestros hijos.

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de su madre, que parecía estar discutiendo con la sirvienta. Alarmada, me giré para mirar a mi marido, que bostezó y se dio la vuelta, remolón. Con toda la calma musitó:

—Es la cantinela de siempre. Ocurre todos los días. Ya te acostumbrarás.

Mientras tanto, su madre empezó a golpear la puerta de nuestra habitación y a gritar:

—¡Levántate! ¡Levántate! Te vas a pudrir de tanto dormir, como la vieja fea esta que me pone de los nervios. ¡Levanta! ¡Soluciona el tema con la sirvienta!

Brotó en mí un sollozo que tuve que reprimir. Lo miré, sin terminar de creerme esos modales y esa manera de hablar tan grosera que acababa de emplear la madre. Él se levantó, indiferente, y sin asomo de preocupación me dijo:

—Vístete. En un rato te llevaré donde tus padres para que le pidas lo que acordamos anoche.

En el camino yo no paraba de pensar. ¿Esas cosas me las había dicho anoche, de madrugada o hacía unas horas? Es más, ¿habíamos acordado algo? Más bien sería lo que había acordado él con su madre, ¡o él consigo mismo! A lo mejor se trataba de un acuerdo entre los demás, que vivían en mis fantasías, y yo.

¿Iba de verdad a hacer a mi padre esa petición?

Antes de que pudiera darme cuenta, ya había aparcado el coche en la puerta de la casa de mis padres. Con un nerviosismo injustificado me dijo que me diera prisa en bajar del coche, que

estaba muy ocupado y no quería llegar tarde.

Por supuesto, hice lo que me pidió. Salí a toda prisa; necesitaba salir ya y rápido. Desde el coche, me gritó enojado:

—¿Cuándo vengo a recogerte?

De pie, orgullosa ante el imponente hogar de mi padre, contemplé aquel edificio que parecía un gran palacio. Sin embargo, para mí simbolizaba mucho más que un simple palacio. Para mí ese lugar representaba la seguridad, el amor y la calidez. Lo construyó mi querido padre con su constancia y esfuerzos, y nadie se lo iba a arrebatar, como intentaba esa persona que decía ser mi marido.

Miré al cielo, cubierto en todo su meridiano de delicadas nubes que velaban la luz del sol.

Cogí una profunda bocanada de aire y, al inclinar la cabeza, no pude evitar que una lágrima caliente se deslizara por mi cara. Después me giré para echar una última mirada a mi fracaso, a la peor decisión de mi vida, que esperaba al volante. Con voz triste y tranquila le dije:

—No hace falta que vuelvas a recogerme.

Él soltó el volante y gruñó:

—Vuelvo dentro de una hora, que si no no me quedo tranquilo.

Empezó mirándome de soslayo y, no sé por qué, comenzó a contemplarme con detenimiento, durante más tiempo de lo normal. Le cambió la expresión de la cara: parecía haber leído en mi rostro algo que no fui capaz de ocultar. Me estremeció su mirada, que echaba chispas. Todo sucedió en un instante. Sentí en mi cabeza una puerta cerrándose y él corrió detrás de

mí, alargando el brazo para agarrarme de la muñeca. Yo luché con todas mis fuerzas por llegar a la puerta de la casa antes que él. En el camino perdí los zapatos y acabé con los hombros al descubierto.

Cerré bien la puerta tras de mí y me apoyé en ella unos segundos. Después me fui alejando de la entrada, temblando de miedo y llamando a gritos a quien pudiera oírme:

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Papá!

Vi acercarse a mi padre desde el final del salón, empujando con angustia su silla de ruedas hacia mí, mientras mi madre aceleraba el paso para llegar a donde estaba yo. La rodeé con mis brazos y ella me palpó la cara con sus compasivas manos, presa de la zozobra.

—¿Estás bien? ¿Te ha pegado? ¿Qué te ha hecho?

No le respondí; estaba aterrorizada. Él mientras aporreaba con fuerza la puerta, como una bestia violenta. Me dejé caer sobre la silla de mi padre y apoyé la cabeza en su regazo. Lloré como nunca había llorado, ni siquiera de pequeña.

—No me ha pegado, aún —musité—, pero estoy segura de que lo hará si vuelvo con él. Reconozco que me equivoqué: me he casado con un hombre mal de la cabeza.

Mi madre asintió e intercambió miradas con mi padre. Yo permanecí quieta en mi sitio, por miedo a emitir algún sonido que provocara a la bestia que voceaba al otro lado de la puerta.

—Déjalo que grite todo lo que quiera —murmuró mi padre—. Se acabará marchando y ya no volverá más.

Esto ocurrió hace ya más de cinco años y, aunque mi padre

contrató a un abogado muy competente, no conseguí el divorcio hasta un año y medio después. Para entonces mi hija Nawara había cumplido su noveno mes. Fue una prueba muy dura, pero conseguí curar mis heridas y asumir las consecuencias. Dije adiós a mis fantasías y me concentré en la crianza de mi preciada niña.

Yo me hubiera contentado con mi hermosa niña, pero mi padre, por motivos que me esforcé en comprender, insistió en que me casara con un hombre viudo, hijo de un amigo suyo.

—Él es la persona más adecuada para alguien de tu posición. ¡Alguien a la altura de nuestra familia! —repetía con un tono lleno de sabiduría y esperanza.

—¿Y qué hacemos con Nawara? —pregunté con voz calmada.

—Ya le he hablado de Nawara —dijo asintiendo tranquilo—, y ha prometido que la criará como si fuera hija suya. Es viudo y padre de tres hijas. Necesita una esposa y una madre para las niñas. ¡Y tú necesitas un marido y un padre para tu hija!

Sus palabras me convencieron, pero seguía siendo prisionera del sueño de mi adolescencia. Prisionera de un hermoso deseo: enamorarme. Algo que ya pensaba que nunca ocurriría. Jamás.

Como ya me había obstinado la primera vez en desobedecer a mi padre para casarme con un hombre que no le convencía, decidí obstinarme de nuevo, esta vez contra mis deseos, y casarme con el hombre que él eligiera para mí.

Lo que más miedo me daba era que el padre de mi hija me retirara la custodia, pero mi padre consiguió solucionar el asunto y llegar a un acuerdo con él. No solo no redujo el importe

que tenía que pagar por la manutención, sino que le asignó un salario mensual.

Así fue como me casé con un hombre al que no quise conocer antes de firmar el acta de matrimonio. Lo único que sabía de él era su nombre, que no me decía gran cosa, únicamente que no era pariente nuestro. Tenía miedo de lo desconocido; no tenía ganas de enfrentarme a sorpresas desagradables.

¿Tenía miedo de enamorarme? ¿Me convenía ser prisionera de un sueño?

¿Definitivamente se había vuelto imposible hacer realidad ese sueño? ¿Había ideado yo ese sueño o era al sueño al que le convenía idearme a mí?

Horas después de casarnos, mi padre me pidió que me sentara con mi marido para que nos conociéramos un poco. Ya era mi esposo, así de sencillo.

¿Podré revivir aquel momento de angustia y tensión? ¿Aquel momento de deseo de amor y esperanza de futuro?

¿Me compadecía de mí misma por pasar por otra prueba? Podría parecerse a aquella otra experiencia amarga. ¿Fue amarga porque me ahogué en mis propias fantasías, porque escogí mal, porque desobedecí a mi padre o por todas esas causas juntas?

Me aproximé lentamente al salón, titubeante por más que quisiera no parecerlo. Aparté la mirada lo más que pude y di con el reflejo de mi cara y de la suya sobre el espejo lateral. Pude ver la pesadumbre sobre mi pálido rostro antes de girarme para mirar al hombre que tenía delante. La sorpresa con la que me topé me cambió el gesto.

—¿Eres tú? —dije con un asombro que recibí de buen grado.

Se rio con dulzura. Su voz, radiante y exultante, era como la de un niño alegre. Me dio la mano entusiasmado, con una sonrisa espléndida que le iluminaba la cara.

—Claro que soy yo: el papá viudo que no para de ir a tu consulta con sus hijas. Te extrañaba que fuera yo el que acompañara siempre a mis hijas a tu consulta y yo te explicaba que era viudo y nadie más que yo podía ocuparse de mis hijas.

Tras una pausa, durante la que me examinó con una mirada penetrante, dijo con dulzura:

—Estás muchísimo más guapa ahora que con el velo y la *abaya*.

Se me pusieron las mejillas coloradas y miré a mi padre de reojo. No esperaba para nada que él fuera a ser mi marido. Seguro que mi padre lo sabía todo.

Mi marido sonrió y continuó hablando con un tono de voz colmado de esperanza:

—¿Te acuerdas del consejo que me diste?

Me fui poniendo cada vez más roja; tenía las mejillas ardiendo. No pude contestar. Vi cómo mi padre salía hacia el balcón sin hacer ruido. Mi esposo se sentó frente a mí, sugiriéndome educadamente que me sentara a su lado.

—He seguido tu consejo —me dijo risueño—: me he casado y he encontrado una madre para mis hijas.

Aquella tarde hablamos largo y tendido. Me contó que siempre que volvía a casa le hablaba a su padre de mí y él se alegraba de que su hijo quisiera contraer nupcias conmigo. Averiguó que

conocía a un amigo de mi padre y arreglaron todo a través de ese amigo.

Para mi amado marido yo era una rosa, la rosa más bella del mundo.

Junto a este marido era yo quien moldeaba mi sueño y no dejaba que mi sueño o los demás me manipularan.

Cuando di a luz a otra preciosidad de niña, él se volvió loco de alegría. No se disgustó por habernos convertido en padres de cinco hijas. Le puso el nombre de Iris, pues era el nombre de la persona a la que amaba con locura, y cada vez que lo pronunciaba se derretía de amor.

Cuando abrazó a nuestra pequeña, me dijo tras besarme la frente:

—Eres la rosa más bella del universo y tienes cinco pétalos cada cual más lindo.

¿Dónde están?

Shaikha al-Hajri

La vida nómada de siempre, yendo de una ciudad a otra. Él estaba entre los pasajeros, pero en esta ocasión su parada se encontraba en este lugar, junto a esa cafetería que le gustaba tanto. Era la cafetería «Los transeúntes»; un lugar repleto de historias.

En cuanto se detuvo el tren, descendió con la maleta en una mano y el abrigo en la otra. Entró en la cafetería y fue directo a sentarse en el asiento libre que encontró, para a continuación llamar al camarero y pedirle una taza de café. El café llegó caliente, a la temperatura idónea para el frío que hacía fuera. Se lo fue bebiendo a sorbos lentos mientras conversaba con la taza, como si fuera un viejo amigo que hubiera venido a recibirlo tras una larga ausencia.

—Cuánto tiempo sin vernos. ¡Bienvenido de nuevo!

—Gracias. El trabajo me ha quitado años de vida.

—Cuéntame.

—Ella regresó. Regresó, amigo mío, pero no encontró el lugar como lo dejó. Sus rasgos habían cambiado y ya no lo conocía.

»La casa estaba desierta y envuelta en sombras. Era una edificación antigua, las paredes estaban agrietadas, las luces apagadas, las habitaciones en penumbra, los suelos cubiertos de arena y polvo, toda ella exánime. ¿Dónde quedó el alboroto que se oía constantemente desde hacía años? ¿Dónde estaba ella? ¿Dónde estaba él? ¿Dónde estaban sus dos hijos? ¿Dónde estaban todos?

»El silencio era opresivo. Parecía que toda vida hubiera abandonado ese lugar tras haberlo abandonado ella. Todo había cambiado, ¡incluso el destino había cambiado! Regresó, pero regresó ella sola, y nada le era ya familiar.

»Regresó, pero no encontró nada que tuviera que ver con su vida, con sus recuerdos. Todo estaba muerto. Entró en su casa, la casa de la que se había marchado, y escuchó el viento silbar. El lugar estaba desierto; no vio rastro de vida. Los árboles seguían en pie, secos pero erguidos, como para compensarla. En cambio, los pájaros habían abandonado sus nidos mucho tiempo atrás.

»Encendió algunas luces, que seguían funcionando leales a ella, y caminó por la casa. A lo mejor era capaz de encontrar algún signo de vida. Sus únicos habitantes eran el polvo y la arena, instalados allí tras su marcha. Fue recorriendo las habitaciones. Entró en la primera habitación y al abrir la puerta encontró el despacho, donde él depositaba sus secretos, los secretos que tanto había deseado ella conocer para saber qué guardaba su corazón para ella. Un corazón que en su día ella creyó habitar. No encontró nada en el despacho, ¡ni siquiera sus fotos! ¿Dónde se había escondido? No quedaba ni rastro de él. Con el corazón en un puño, pese a la sorpresa, sentía cómo se le agolpaban las preguntas.

»Dejó el despacho y prosiguió su ronda de reconocimiento. Quería poder agarrarse a algo que le explicara esa desaparición repentina de todo rastro de su vida. Nadie la informaba. ¿A qué venía tanto secretismo? ¿Por qué? ¿Por qué siempre

veía la confusión y la compasión dibujarse en los rostros de cada persona a la que preguntaba, de cada persona con la que se encontraba? ¿Qué ocurre a mi alrededor? No paraba de preguntarse a sí misma. De repente, cambiaron sus facciones, como si intentara recuperar el destello de un recuerdo. Vio en su mente unos rasgos lejanos, imprecisos. ¿Por qué se le desvanecía ahora el rostro de él en su imaginación? ¿Por qué no podía recordar nada? ¿Dónde se había ido todo? También su imaginación y sus recuerdos estaban vacíos.

»Un recuerdo emergió, pero desapareció al instante. ¡No era nada claro! ¿Dónde se había ido todo? ¿Por qué todo desaparecía? Las preguntas se le agolpaban y necesitaba respuestas. Estaba en un estado de confusión; necesitaba aclarar lo que veía y lo que se preguntaba. ¿Por qué no le respondía nadie? Se apresuró a abrir puertas en su búsqueda, entró corriendo en otra habitación buscando cualquier rastro de ellos, levantó sábanas, recorrió cortinas, buscó bajo la cama su caja de juegos, el lugar donde guardaban sus secretos, su mundo, y que escondían a los demás, la caja de su mundo imaginario... Pero no encontró nada. Corrió al armario y vio que la ropa había sido sustituida por sábanas. Se aferró a la puerta del armario, retrocediendo mientras se preguntaba dónde estaban. ¿Dónde había quedado alguna huella de ellos? ¿Por qué se habían endurecido de tal manera los corazones de los habitantes de la casa? ¿Cómo habían conseguido reemplazar su existencia por objetos que no tenían ningún tipo de valor ni significado? ¿Por qué se habían empeñado en borrar todo aquello que tuviera relación con ellos?

¿Por qué no era capaz de encontrar nada que tuviera relación con ellos, ni siquiera una foto? ¿Qué había ocurrido? ¿Quién se deshizo de ellos? Se desesperaba ante la falta de respuestas a sus preguntas.

»Retrocedió arrastrando los pies hasta salir de su habitación y se topó con una cara nueva. No la había visto nunca en esa casa. ¿Quién era? ¿Sería aquella mujer de la que le habló su madre, la nueva sirvienta? Se le ocurrió preguntarle por la ausencia de sus hijos. Quizá ella supiera algo, pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué no entendía su pregunta? ¿Por qué la miraba con esa cara de asombro? ¿Por qué no entendía lo que le decía? Le sobrevino una crisis nerviosa. Nadie la entendía en aquella casa.

»El teléfono de la casa sonó, sacándola de sus pensamientos. Sus preguntas enmudecieron. Era una amiga muy cercana que le preguntaba qué tal estaba. Pensó en preguntarle qué estaba ocurriendo, dónde estaban sus hijos, pero cambió de opinión. Se disculpó diciendo que tenía que colgar, que estaba muy cansada y necesitaba dormir. Se dirigió a su habitación, pues era hora de descansar. Entró, se tumbó en la cama, se deslizó entre las sábanas y se sumió en un sueño profundo. ¿De dónde vienen esas voces? ¿Qué es ese alboroto? ¿Por qué no me dejan dormir?, no paraba de preguntarse en su interior.

»Al decir esa última frase se despertó y tomó la firme decisión, en su segundo día, de salir a buscar a sus hijos. ¿Dónde habían ido? ¿Quién se los había llevado lejos de ella? Empezó a buscar cerca de donde estaba, en los alrededores de la casa, y cuando renunció a encontrar la respuesta dentro de la casa llamó a las

puertas de los vecinos para preguntarles, pero no fueron de ayuda. No vio más que sus caras de asombro, carentes de toda respuesta, como si su familia fuera fruto de su imaginación y no hubiera una sola huella de ellos en la vida real. Había errado en sus conjeturas: los vecinos recibían su pregunta con asombro y desinterés. Se despidió de ellos y caminó arrastrando esa derrota.

»A un lado de la calle vio una silla y fue a sentarse, completamente exhausta por su derrota y las preguntas insistentes, como si el mundo a su alrededor no comprendiera ni tuviera cabida para sus preguntas. ¿Por qué solo encontraba miradas de compasión en el rostro de cada persona con la que se cruzaba? Luego se acordó de sus gemelos y se volvió a preguntar: ¿por qué únicamente ella los recordaba? ¿Por qué todos niegan su existencia? Pero ¿dónde estaban? Se echó a llorar mientras se repetía: ¿dónde están?, ¿qué les ha pasado?

»Se calmó un poco cuando se le cruzó una idea por la mente. Iría al hospital a preguntar por ellos y conseguir alguna prueba de su existencia. Sin embargo, se topó con un obstáculo: ¿en qué hospital había dado a luz? Recordó que no había abandonado la ciudad en los últimos años y concluyó que tuvo que haber dado a luz en el hospital de su ciudad. Allí se dirigió con la esperanza de encontrar respuestas a sus preguntas.

»Se puso a hacer preguntas y pidió su expediente médico, pero no había ninguna ficha con su nombre en la consulta de maternidad. Aquella era su única esperanza de encontrarlos, pero la respuesta de la responsable del registro cayó sobre ella

como una losa: «Aquí no existe ningún registro con tu nombre». Se quedó aturdida, sin terminar de comprender del todo lo que acababa de oír, incapaz de moverse o incluso de permanecer de pie. Cayó al suelo exangüe y fue poco a poco perdiendo la consciencia. Lo último que vio fue a las enfermeras correr para levantarla del suelo y llevársela. En ese momento, cerró los ojos.

»Cuando despertó estaba tumbada en una camilla. Vio a su madre hablando con las enfermeras y preguntando a los médicos cómo estaba su hija. Parecía inquieta. Al moverse captó la atención de su madre, que se dirigió veloz hacia ella. «Mamá», gritó. La madre se alegró y corrió a avisar a la doctora: «¡Ha reaccionado a la medicación! ¡Ha reaccionado a la medicación! ¡Ha funcionado!» Después corrió hacia su hija, la abrazó y le dijo: «Volviste a mí. Por fin volvió mi hija».

Se detuvo un segundo antes de continuar su historia:

—Sufría esquizofrenia. Se le había diagnosticado hacía un año. Había sufrido alguna crisis, pero en los últimos años se fueron haciendo más graves. Era como si viviera en un estado de depresión e introspección. Le sobrevenían pensamientos entrecortados, visiones y cierta distorsión de la realidad. Pronunciaba frases que nadie a su alrededor comprendía, pues los pensamientos que la rondaban y las historias que contaba no eran más que reflejos de su infancia. Aquellos gemelos eran, en realidad, su hermano y ella, que su mente imaginaba de aquella manera. Ya no era capaz de distinguir entre la realidad, sus fantasías y sus recuerdos. Su mente había creado un escenario

propio en el que vivía ella sola, tejido a partir de pensamientos superpuestos y distorsionados, de aspecto pálido. Sucedían cosas que solo ella, y nadie más, veía en su cabeza y que iban creando una historia completa en la que vivía. La historia de un marido ausente, con el que representaba a su padre ausente, siempre viajando y al que echaba de menos cuando era pequeña, y dos gemelos que no eran sus hijos, sino una representación de ella y su hermano. Comenzó a responder lentamente al tratamiento, cuyos resultados empezaron a ser evidentes a través de su memoria, pues al despertar de su letargo se dibujó una sonrisa en su rostro y pronunció la palabra «mamá».

Su historia había llegado a su fin. La contaba el doctor que la había estado tratando.

—Es la historia que mayor huella ha dejado en mí —reconoció—. Nunca olvidaré cómo se levantó su madre para abrazar a mi compañera la doctora, rebosante de alegría tras el regreso de su hija.

La taza de café escuchó y sonrió. Estaba llena, pero pronto se vaciaría de nuevo, preparada para escuchar un nuevo relato de boca de un transeúnte. Las historias de los seres humanos no tienen fin.

No nos encontré

Metha al-Jaber

La lluvia caía a raudales mientras yo disfrutaba mirando al vacío. El jardín, o lo que se suponía que era un jardín, se parecía a la nada. Barro y restos de tallos de flores podridas, muertas antes de que nadie pudiera acudir en su ayuda. Quizás llamaron a alguien con voz agonizante, lastimera, que nos echaba de menos, mientras estábamos ocupados con otras cosas. O quizás llamaron a mi abuela, que también habitaba la tierra como ellos.

Levanté la mirada hacia uno de los rincones del patio de la casa y me encontré entre mis primos, más pequeños que yo, con una bolsa de golosinas en la mano, agarrada con fuerza como si alguien me la quisiera quitar. Manteníamos un debate apasionante: ¿quién era capaz de hacer la pompa de chicle más grande? Obviamente, no fui yo la ganadora. El chicle me traicionó y se me cayó de la boca.

Una gota de lluvia me cayó con fuerza en el ojo. La sensación fue muy molesta, pero me devolvió a la realidad. Delante de mí no había más que un muro de bordes desgastados a punto de desplomarse. Lo exploré en busca de nuestro pasado, de cualquier recuerdo que hubiéramos grabado en él, pero no encontré nada nuestro. Era como si nunca hubiéramos escrito nuestros nombres sobre ese muro ni hubiéramos recibido por ese motivo las reprimendas de nuestra abuela.

Dejé libres mis pies para que me llevaran a donde quisieran. A pasos desiguales, acabo llegando a una de las salas de la vivienda. La casa de mi abuela no era muy amplia, pero bastaba

para reunir a cinco familias. Nos sentábamos apiñados para poder entrar todos y dejar sitio libre a quien viniera detrás. Era un lugar estrecho, pero había espacio suficiente para todas nuestras carcajadas.

Eché una mirada a una de las cajas abandonadas en un rincón. Mi abuela solía guardar en esas cajas los perfumes que se echaba después de comer, y ahora solo contienen polvo y las casas que han tejido las arañas en sus esquinas. Golpeé la caja con el pie, con la esperanza de encontrar una parte de nosotros, de que quedara aún algún frasco antiguo, pero su corazón ya no latía ni emitía ningún sonido. La caja estaba completamente vacía. Quizá los hubiera robado alguien o nos los hubiera robado el tiempo. Normalmente, era el tiempo el que nos robaba.

Recorro con la mirada todo el lugar. Antes parecía el paraíso. La sencillez era la base de todo: nuestras reuniones familiares cada sábado, nuestras charlas, los divertidos enfrentamientos entre mi abuela y mi padre y el retrato de mi abuelo colgado en la pared, rodeado de fotografías más pequeñas de mi padre y de mis tíos.

Era mediodía y el delicioso olor de la comida llegaba de la cocina, seguido de la voz de mi abuela llamando a gritos a la sirvienta para que la ayudara con los platos:

— ¡Mari, trae los platos!

El eco de su voz, con ese acento tan distintivo, sigue resonando en mis oídos, junto con las quejas de mi tío el mediano:

— ¿Dónde está la comida, mamá? ¡Nos morimos de hambre!

Son recuerdos que desfilaban frente a mí en el pasillo que lleva

a la cocina. Mi estómago sonó con fuerza. ¿También tú echas de menos esos platos tan sabrosos?

Qué buenos estaban esos platos. Ojalá ella siguiera aquí, ojalá yo hubiera venido a cenar con ella. En cambio, nada es como antes. No encuentro a mi abuela ni sus platos con adornos dorados. La voz de mi tío llega de muy lejos; nos separan miles de kilómetros. No encuentro nada más que a mí misma, en este pasillo deslucido que contrasta con la imagen que tengo en la memoria y que me lleva a la nada. ¿Quién se ha llevado la cocina de aquí?

Noté la humedad en los bordes de mi camisa. El aguacero se había intensificado. Me apresuré al interior de la casa hasta llegar al centro de la espaciosa habitación. Aquí me solía esconder con mis primos. Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras me miraba los pies. ¿Cómo me habían traído hasta aquí? ¿Aún os gusta seguir el olor de la madera de agar? Miré a mi alrededor en busca del armario de la ropa. Ah, querido, el tiempo tampoco tuvo clemencia contigo.

Mi abuela solía ordenar allí la ropa con gran cuidado. El olor de la madera de agar se desprendía como una agradable brisa cada vez que abríamos la puerta. Movidada por la curiosidad, tiré de la manilla para descubrir qué olor saldría de él este sábado. Inhalé al abrir y la habitación retumbó con mis toses. Espiré con fuerza y el polvo que me inundaba los pulmones se quedó suspendido sobre mí, como si quisiera echarme de allí, como si intentara provocarme y anunciarme su colonización sobre las pertenencias de mi abuela que tanto me gustaban. No pude

evitar que me hiciera llorar. Nunca me agradó llorar ni fui muy amiga del llanto. Echo de menos a mi abuela, el olor de su ropa, los dos lados de su cama repletos de fotos nuestras, su fría delicadeza y su caja de golosinas. ¿Cómo olvidarla?

Me apoyé con fuerza en los cajones y me erguí donde ella solía esconder aquella llave, la llave de la caja de golosinas. Extendí los dedos, sentí el pequeño llavero y me detuve un instante. Tuve miedo de que llegara mi abuela. Cerré los ojos intentando alejar esos pensamientos cobardes, agarré la llave y me dejé llevar por mis piernas al lugar donde yacía la caja desde que tengo conciencia, un lugar que sigue existiendo aquí... Venciendo el miedo por un segundo, cogí la caja en brazos y le quité el polvo de un soplido. Dentro seguía habiendo envoltorios de golosinas. Los escondí entre mis brazos y salí al patio, dejando atrás a aquella niña y las varillas de incienso aún sin encender.

Me dirigí a la gran morera que se encontraba en la verja exterior de la vivienda. Solíamos sentarnos a su alrededor después del almuerzo del sábado para tomar la segunda comida del día, que preparaba mi tío al volver de hacer sus oraciones. «Pan con *zaatar*», lo llamábamos. Lo devorábamos como si no hubiéramos almorzado hacía nada. De nuevo, mi estómago resuena. ¿Seguirá abierto el horno que había al final de la calle? Ojalá le quede algún resto de las delicias de antaño.

La morera nos protegía entonces del calor del sol, pero no tenía capacidad para proteger a los que estaban dentro de la casa de nuestras molestas carcajadas y discusiones. La mayoría de ellas giraba en torno a ideas fantasiosas. El árbol era una estación que

permitía a nuestra imaginación trepar a las hojas más altas. Me senté con la caja en los brazos, alcé la mirada y sonreí al viejo árbol. Abrí la caja y me deshice de la suciedad de tantos años. La apreté con fuerza contra el pecho. Ay, si pudiéramos conservar esos días... Si pudiéramos guardarlos en esta caja, por ejemplo, para volver a ellos cuando el tiempo nos oprima, para recuperar con ellos nuestra alegría pasada, nuestras ideas infantiles, el abrazo de mi abuela, su olor y su deliciosa comida. Volveríamos cada vez que la nostalgia nos devolviera a este lugar.

¡La morera seguía conservando su magia! Sacudí la cabeza para alejar esas visiones y me giré para mirar el jardín donde jugábamos durante las vacaciones de primavera, cuando nos alejábamos de la morera durante algunas horas para tumbarnos boca arriba y comer las golosinas de mi abuela, no sin antes echar un vistazo a las semillas que habíamos plantado. Unas semillas que hoy se han convertido en nada más que tierra, como mi abuela, como si nunca hubieran florecido.

Salí de la casa llevándome la caja de golosinas y dejando la puerta abierta detrás de mí. Quizás regrese alguien y le devuelva la vida.

Bonita noche

Noura Faraj

Cuando entré en la habitación, lo encontré tronchado de la risa, medio caído de espaldas. Se reía de mí con su horrorosa camisa de rayas y su narizota roja, como si supiera lo que me había ocurrido en la universidad. Me cambié de ropa indignada con este mundo, deseando destruirlo entero. De alguna manera, la pereza me pudo y no hice por acallar las carcajadas de Epi. Podía haberlo sentado como un muñeco feliz y formal, pero no era la única persona que se había reído de mí hoy. Quiero dormir. ¡Maldito mundo! Me iré a dormir sin cenar.

Me desperté alrededor de medianoche. No quería levantarme, sino dormir hasta por la mañana. El apartamento estaba hecho un desastre y sentí que tenía, hacia mí misma, el deber de ordenarlo. En realidad, no me llevaría más de 10 minutos. Pero no quiero. No quiero hacer nada. Tras varias maniobras con mi alma y discusiones con mi cerebro sobre la filosofía del levantamiento, decidí levantarme. Aunque solo lo hice porque tenía hambre y en la nevera quedaban las sobras de la *kunafa* que compré ayer.

Encendí la lamparita y esperé unos minutos, que por supuesto alargué, para que mis ojos se acostumbraran a la luz. Cuando me levanté, vi por el rabillo del ojo una cosa extraña sobre el escritorio. Era una mancha roja, una mancha de sangre que se extendía hasta llegar al borde de mis apuntes y a las fundas de plástico transparente. La sangre salía de la boca sonriente de Epi, goteando desde su borde derecho sobre la mesa: ploc, ploc...

Hace unos meses vivía en otro apartamento del que me echó un

pájaro que parecía un buitre, pero más pequeño. Llegaba cada día exactamente a las siete de la mañana trayendo consigo su comida, consistente en ratones de campo que cazaba durante sus espléndidas mañanas. No se le ocurría otro lugar para deglutir su almuerzo que la ventana de mi habitación. Lo más horrible era que emitía un sonido parecido al de una mujer sollozando. Casi nunca levantaba la persiana que impedía el paso del sol por esa ventana, pero aquella mañana la levanté para intentar ver ese pajarraco tan molesto. El muy imbécil salió volando y no pude ver más que los despojos de sus presas y las manchas de sangre anaranjadas sobre el cristal. Me dieron náuseas y le cogí asco a toda la habitación. Le cogí asco incluso a la ropa que guardaba en el armario cerrado junto a la ventana. Después del incidente, lavé cada prenda antes de ponérmela. Me fui a dormir al salón, pero las náuseas no me dejaron. Hice lo que se suponía que debía hacer: esperar a la señora de la limpieza para que limpiara la ventana y toda la habitación, pagándole más por ello. Aun así, no pude dejar de odiar el apartamento entero y me mudé en cuanto pude. Detestaré durante toda mi vida esa especie de pájaro. ¡Que Dios se los lleve!

Bueno, ¿y ahora qué hago con Epi? Me da miedo que tenga algún espíritu maligno en su interior. Chucky sangraba por la nariz en la película y Epi está sangrando por la nariz también. ¿Tendrá alma? ¿Qué debo hacer? Miraba mis apuntes y carpetas y me daba asco incluso tocar la parte limpia. Tiré un poco de ellos y dejaron tras de sí un rastro como el que dejan los cadáveres arrastrados sobre el suelo. La sangre resbalaba sobre

las fundas de plástico.

¿Cómo gestiono este asco y este miedo?

No puedo tocar a Epi, no puedo lavarlo. ¿De qué serviría si sigue sangrando? Las gotas de sangre siguen cayendo a un ritmo regular. No tuve el valor de cogerlo y lanzarlo al lavabo del baño para que se desangrara a su gusto. ¿Cómo iba yo a lavarme los dientes allí después? No, no puedo tocarlo. Imposible. Me muero de miedo y de asco. ¿De dónde sale la sangre?

¿Cómo voy a pasar la noche en un apartamento infectado?

Cogí el edredón y la almohada y me fui al salón, cerrando tras de mí la puerta con llave (más tarde me preguntaría por qué cerré la puerta con llave). Pasé una noche negra, en duermevela. Ni la película *The Insider* ni los capítulos repetidos de *Friends* consiguieron hacerme olvidar la terrorífica catástrofe que me esperaba sobre el escritorio. Al final conseguí dormir, atormentada por 15 pesadillas.

Desperté. Era una mañana resplandeciente y yo tenía unas ganas inmensas de lavarme la cara. Abrí la puerta del dormitorio con cuidado. El corazón me golpeaba el pecho con violencia. Iba a acabar desmayándome antes de terminar de abrir la puerta.

Cuando por fin conseguí abrirla, no había ni rastro de sangre sobre el escritorio.

Ni sobre Epi.

¿Fue un sueño? No pudo ser un sueño. Si hubiera sido un sueño, no hubiera cogido el edredón ni hubiera llegado al salón. ¿Entonces qué? Sumida en mis pensamientos, me levanté de manera automática como hago cada vez que me despierto y

cogí una pinza para recogerme el pelo. De manera automática, los ojos se me fueron al espejo y vi la sangre seca cubriendo los bordes de mi boca y mi barbilla. Me había manchado hasta el camisón.

Me lavé la cara entre sollozos. Las lágrimas se mezclaban con la sangre. La hemorragia parecía haberse detenido desde hacía un rato, pero yo no entendía nada. Intenté lavar el camisón, pero acabé tirándolo a la papelera del baño.

Estaba aterrorizada. No entendía nada. ¿Debería ir al médico para que me hiciera una exploración? Esta sangre es mía, pero la sangre de Epi de ayer, ¿quién me podrá decir algo de ella?

De vuelta en el salón, cogí el edredón. Era un edredón infantil de color fucsia, con un gran corazón rojo y las costuras rositas a la vista. Estaba manchado de sangre por encima. Lo lavé, llorando de nuevo.

* * *

No duermo. Ni cuando les toca sangrar a los peluches ni cuando me toca sangrar a mí. Una vez encontré la cabeza de la Barbie, con su sonrisa encantadora, junto a un montón de sangre seca. Horas más tarde vi la cabeza de nuevo en su sitio, sin sangre. Aquella noche no sangré yo, pero algunas noches después sí lo hice sin que saliera sangre de ninguno de mis muñecos.

Cada instante en que me quedo dormida, me despierto con miedo de ver mi sangre. Ya me he habituado a despertarme de un respingo, atemorizada.

De cualquier sueño que tengo. Solo quiero dormir.



